

<https://TheVirtualLibrary.org>

El arte de amar (Ars Amatoria)

OVIDIO

Traducción: Germán Salinas, circa 1900

LIBRO PRIMERO

Si en la ciudad de Roma alguien no conoce el arte de amar, que lea mis páginas y ame ilustrado por mis versos. El arte impele con las velas y el remo las rápidas naves, el arte conduce a los veloces carros, y el amor se debe regir por el arte. Automedonte era un experto en conducir carros y en el manejo de las flexibles riendas: Tifis fue un gran maestro en gobernar la nave de los argonautas. Venus me ha elegido como maestro de su tierno hijo, y creo que se me llamará el Automedonte del Amor. El amor es despiadado y a menudo recibí su disgusto, pero es un niño de poca edad, fácil de conducir. Quirón, con su cólera, educó al joven Aquiles, domando su carácter feroz con la dulzura de la música; y él, que tantas veces intimidó a sus compañeros y aterró a los enemigos, dicese que temblaba en presencia de un viejo cargado de años, y ofrecía sumiso al castigo del maestro aquellas manos que habían de ser tan funestas a Héctor. Quirón fue el maestro de Aquiles, yo lo seré del amor; los dos niños terribles y los dos hijos de una diosa. No obstante el toro dobla la cerviz al yugo del arado, y el potro, generoso, tiene que tascar el freno; yo me someteré al amor, aunque me destroce el pecho con sus saetas y sacuda sobre mí sus antorchas encendidas. Cuanto más riguroso me flecha y abrasa con sin par violencia, tanto más brío me infunde el anhelo de vengar mis heridas.

Yo no fingiré, Apolo, que he recibido de ti estas lecciones ni que me las enseñaron los cantos de las aves, ni que se presentó Clío con sus hermanas al apacentar mis rebaños en los valles de Ascra. La experiencia dicta mis poemas; no despreciéis sus avisos saludables: canto la verdad. ¡Madre del amor, alienta el principio de mi carrera! ¡Lejos de mí, tenues cintas, insignias del pudor, y largos vestidos que cubrís la mitad de los pies! Nosotros cantamos placeres fáciles, hurtos perdonables, y los versos correrán limpios de toda intención criminal. Joven soldado que te alistas en esta nueva milicia, esfuérsate lo primero por encontrar el objeto digno de tu predilección; trata en seguida de interesar con tus ruegos a la que te cautiva, y, en tercer lugar, gobiérnate de modo que tu amor viva largo tiempo. Este es mi propósito, éste el espacio por donde ha de volar mi carro, ésta es la meta a la que han de acercarse sus ligeras ruedas.

Pues te hallas libre de todo lazo, aprovecha la ocasión y escoge a la que digas: “Tú sola me places”. No esperes que el cielo te la envíe en las alas de Céfiro; esa dicha has de buscarla con tus propios ojos. El cazador sabe muy bien en qué sitio ha de tender las redes a los ciervos y en qué valle se esconde el feroz jabalí. El que acosa a los pájaros, conoce los árboles en que ponen sus nidos, y el pescador de caña, las aguas abundantes en peces. Así, tú, que corres tras una mujer para que te profese cariño perdurable, dedícate a frecuentar los lugares en que se reúnen las bellas. No pretendo que en su persecución, des las velas al viento o que recorras lejanas tierras hasta encontrarla; deja que Perseo nos traiga su Andrómeda de la India, tostada por el sol, y que el pastor de Frigia roge a Grecia su Helena; pues Roma te proporcionará tantas mujeres lindas que te obligará a exclamar: “Aquí se hallan reunidas todas las hermosuras del orbe”. Cuántas mieses doran las faldas del Gárgaro, cuántos racimos llevan las viñas de Metimno, cuántos peces el mar, cuántas

aves los árboles, cuántas estrellas resplandecen en el cielo, tantas jóvenes hermosas pululan en Roma, porque Venus ha fijado su residencia en la ciudad de su hijo Eneas.

Si te cautiva la frescura de las muchachas adolescentes, pronto se ofrecerá a tu vista alguna virgen candorosa; si la prefieres en la flor de la juventud, hallarás mil que te seduzcan con sus gracias, viéndote embarazado en la elección, y si acaso te agrada la edad juiciosa y madura, créeme, encontrarás de éstas un verdadero enjambre. Cuando el sol queme las espaldas del león de Hércules, paséate despacio a la sombra del pórtico de Pompeyo, o por la opulenta fábrica de mármol extranjero que publica la munificencia de una madre añadida a la de su hijo, y no olvides visitar la galería, ornada de antiguas pinturas, que levantó Livia, y por eso lleva su nombre. Allí verás el grupo de las Danaides que osaron matar a los infelices hijos de sus tíos, y a su feroz padre con el acero desnudo. No dejes de asistir a las fiestas de Adonis, llorado por Venus, ni a las del sábado que celebran los judíos de Siria, ni pases de largo por el templo de Menfis, que se alzó a la ternera vendada con franjas de lino; Isis convierte a muchas en lo que ella fue para Jové.

Hasta el foro, ¿quién lo creerá?, es un cómplice del amor, cuya llama brota infinitas veces entre las lides clamorosas. En las cercanías del marmóreo templo consagrado a Venus surge el raudal de la fuente Appia, con dulcísimo murmullo, y allí mil veces se dejó prender el jurisconsulto en las amorosas redes, y no pudo evitar los peligros de que defendía a los demás; allí, con frecuencia, el orador elocuente pierde el don de la palabra; las nuevas impresiones le fuerzan a defender su propia causa; y Venus, desde el templo vecino, se ríe del desdichado que, siendo patrono poco ha, desea convertirse en cliente; pero donde has de tender tus lazos sobre todo es en el teatro, lugar muy favorable a la consecución de tus deseos. Allí encontrarás más de una mujer a quien dedicarte, con quien entretenerte, a quien puedas tocar y por último poseerla. Como las hormigas van y vuelven en largas falanges, cargadas con el grano que les ha de servir de alimento, y las abejas vuelan a los bosques y prados olorosos para libar el jugo de las flores y el tomillo, así se precipitan en nuestros espectáculos nuestras mujeres elegantes en tal número que suelen dejar indecisa la preferencia. Más que a ver las obras representadas vienen a ser objeto de la pública expectación, y el sitio ofrece mil peligros al pudor inocente.

¡Oh, Rómulo, tú que fuiste el primero que alborotó los juegos escénicos con la violencia, cuando el rapto de las Sabinas regocijó a tus soldados, que carecían de mujeres! Entonces los toldos no pendían sobre el marmóreo teatro ni enrojecía la escena el líquido azafrán; con el ramaje que brindaba la selva del Palatino; dispuesto sin arte, levantábase el rústico tablado; el pueblo se acomodaba en graderíos hechos de césped y el follaje cubría de cualquier modo las hirsutas cabezas. Cada cual, observando alrededor, señalaba con los ojos la joven que para sí codiciaba, y resolvía muchos proyectos a la callada, en su pecho; y mientras el danzante, a los rudos sonos de la zampoña toscana, golpeaba cadencioso tres veces el suelo con los pies en medio de los aplausos, que entonces no se vendían, el rey daba a su pueblo la señal de lanzarse sobre la presa. De súbito saltan de los asientos, y con clamores que delatan su intención, ponen las ávidas manos en las doncellas. Como la tímida turba de palomas huye las embestidas del águila, como la tierna cordera se espanta en presencia del lobo, así huyen, aterradas, de aquellos hombres sin ley que las acometen, y no hubo una sola que no reflejase la palidez de la cara. El espanto fue en todas igual, mas no se manifestó en la misma manera. Las unas se arrancan los cabellos, las otras pierden el sentido; éstas guardan un sombrío silencio, aquéllas llaman a sus madres;

quiénes se lamentan, quiénes quedan embargadas de estupor, algunas permanecen inmóviles, y no pocas se dan a la fuga. Las doncellas robadas, presa ofrecida al dios Genio, desaparecen de allí, y el temor multiplicó en muchas los naturales encantos. Si alguna se resiste tenaz a seguir al raptor, éste la coge en brazos y, estrechándola contra el ávido seno, la consuela con tales palabras: “¿Por qué enturbias con el llanto tus lindos ojos? Lo que tu padre es para tu madre, eso seré yo para ti”. Rómulo, tú fuiste el único que supiste premiar a tus soldados; si me concedes el mismo galardón, me alisto en tu milicia. Desde entonces sigue la costumbre en las funciones teatrales, y hoy todavía son un peligro para las hermosas.

No dejes tampoco de asistir a las carreras de los briosos corceles; el circo, donde se reúne público innumerable, ofrece grandes incentivos. Allí no te verás obligado a comunicar tus secretos con el lenguaje de los dedos ni a espiar los gestos que descubran el oculto pensamiento a tu amada. Nadie te impedirá que te sientes junto a ella, y que arrimes tu hombro al suyo todo lo posible; el corto espacio de que dispones te obliga forzosamente, y la ley del sitio te permite tocar a gusto su cuerpo codiciado. Luego buscas un pretexto cualquiera de conversación y que tus primeras palabras traten de cosas generales. Con vivo interés pregúntale de quién son los caballos que van a correr y sin vacilación, toma el partido de aquel, sea el que fuere, que merezca su favor. Cuando se presenten las imágenes de marfil en la solemne procesión, aplaude con entusiasmo a la diosa Venus, tu soberana. Si por acaso el polvo se pega en el vestido de la joven, apresúrate a quitárselo con los dedos, y aunque no le haya caído polvo alguno, haz como que lo sacudes, y cualquier motivo te incite a mostrarte obsequioso. Si el manto se desciende hasta tocar el suelo, recógelo sin demora y quítale la tierra que lo mancha, que bien pronto recabarás el premio de tu servicio, pues con su permiso podrás deleitar los ojos al descubrir su torneada pierna. Además, observa si el que se sienta detrás de vosotros saca demasiado la rodilla y oprime su ebúrnea espalda. La menor distinción cautiva un ánimo ligero. Fue útil a muchos colocar con presteza un cojín o agitar el aire con el abanico y deslizar el escabel bajo unos pies delicados. El circo brinda estas ocasiones al amor naciente, como la arena del foro que entristecen las contiendas legales. Allí descendió a pelear mil veces el hijo de Venus, y el que contemplaba las heridas de otro, resultó herido también; y mientras habla, toca la mano del adversario, apuesta por un combatiente, y, depositada la fianza, pregunta quién salió victorioso, solloza al sentir el dardo que se le clava en el pecho, y, simple espectador del combate, viene a ser una de sus víctimas.

¿Qué espectáculo se asemeja en emoción al simulacro de una batalla naval en la que César lanza las naves de Persia contra Atenas? Desde los mares llegan mozos y doncellas, y el mundo entero se reúne en Roma. Entre tanta gente, ¿quién no encontrará la mujer de su agrado? ¡Ah, cuántos se dejarán abrasar por una bella extranjera! César se dispone a dominar pronto lo que queda del orbe, en seguida serán nuestros sus últimos reductos. ¡Reino de los partos, vas a recibir un duro castigo! ¡Alegraos, manes de Craso; estandartes que a pesar vuestro pasásteis a poder de los bárbaros, aquí está vuestro vengador, con fama de genial caudillo en sus primeros combates, pues siendo muy joven consiguió victorias impropias de su juventud! Espíritus tímidos, no queráis saber el día del nacimiento de los dioses; el valor de los césares va siempre delante de su edad; su genio soberano brilló desde los jóvenes años, rebelde a los tardíos pasos del crecimiento. Hércules, cuando era niño, ahogó con sus manos dos serpientes, y desde la cuna se mostró

digno hijo de José. Tú, Baco, que conquistas con tu gracia de joven, con cuánta grandeza apareciste en la India, conquistada por tus tirso victoriosos. Joven príncipe, lucharás estimulado por los auspicios y la valentía de tu padre, y gracias a ella conseguirás la victoria; debes escribir con hazañas heroicas tu nombre glorioso, y si hoy eres príncipe de los jóvenes después lo serás de los ancianos. Hermano generoso, venga la ofensa de tus hermanos; modelo de hijo, procura defender los derechos de tu padre. Tu padre, que es también el padre de la patria, puso en tus manos las armas; el enemigo arrebató vicientemente el reino a tu padre, pero tus dardos serán sagrados, y las saetas de aquél, sacrílegas; la piedad y la justicia serán tus banderas, y el parto ya derrotado por la mala causa, lo será asimismo por las armas, y mi joven héroe agregará a las del Lacio los tesoros de Oriente. ¡Marte, que eres su padre, y tú, César, su padre también, prestad socorro al guerrero, ya que uno de vosotros es dios, y el segundo lo será presto! Sí, te lo aseguro: vencerás; yo cantaré los versos ofrecidos a tu gloria y tu nombre resonará en ellos con sublime acento. Cuando estés presto a combatir, animarás las huestes con mis palabras, y ¡ojalá no sean indignas de tu esfuerzo! Pintaré al parto furtivo, el brío animoso de los romanos y los dardos que lanza el enemigo envolviendo las riendas de sus caballos. Parto, si huyes para vencer, ¿qué dejas a los vencidos? Al fin tu Marte te amedrenta con presagios funestos. Pronto lucirá el día en que tú, el más hermoso de los hombres, aparezcas resplandeciente en el carro de cuatro blancos corceles. Delante de ti caminarán los jefes enemigos cargados de cadenas, sin que puedan, como antes, buscar su salvación en la fuga; los jóvenes, al lado de las doncellas, contemplarán regocijados el espectáculo, y este día feliz ensanchará todos los corazones. Entonces, si alguna muchacha te pregunta los nombres de los vencidos reyes, y cuáles son las tierras, los montes y los ríos de las imágenes conducidas en triunfo, responde a todo, aunque no seas interrogado, y afirma lo que no sabes como si lo supieses perfectamente. Esa imagen con las sienes ceñidas de cañas, es el Eúfrates; la que sigue, de azulada cabellera, el Tigris; aquélla la de Armenia; ésta representa la Persia, donde nació el hijo de Dánae; estotra, una ciudad situada en los valles de Aquemenia; aquél y el de más allá son generales; de algunos dirás los nombres verdaderos, si los conoces, y si no los que puedan convenirles.

Las mesas de los festines brindan suma facilidad para introducirse en el ánimo de las bellas y proporcionan además de los vinos otras delicias. Allí, en muchas ocasiones, el amor de purpúreas mejillas sujeta con sus tiernos brazos la altiva cabeza de Baco; cuando el vino llega a empapar las alas de Cupido, éste queda inmóvil y como encadenado en su puesto; mas al momento el dios sacude las mojadas alas, y entonces ¡desgraciado del corazón que baña en su rocío! El vino predispone los ánimos a inflamarse enardecidos, ahuyentan la tristeza y la disipa con frecuentes libaciones. Entonces reina la alegría; el pobre, entonces, se cree poderoso, y es entonces cuando el dolor y los tristes cuidados desaparecen de su rugosa frente; entonces descubre sus secretos, ingenuidad bien rara en nuestros tiempos porque el dios es enemigo de la reserva. Allí, muy a menudo, las jóvenes dominan el albedrío de los mancebos; Venus, en los festines, es el fuego dentro del fuego.

No fíes mucho en la luz engañosa de las lámparas; la noche y el vino perturban el juicio sobre la belleza. París contempló las diosas desnudas a la luz del sol, que brillaba en el cielo cuando dijo a Venus: “Venus, vences a tus competidoras”. La noche oculta las manchas, disimula los defectos y entre las sombras cualquiera nos parece bella. Examina a la luz del día los brillantes, los trajes de púrpura, la frescura de todas las reuniones

femeninas en que se sorprende la caza. Antes contaría todas las arenas del mar. ¿A qué citar Bayas, que cubre de velas sus litorales y cuyas cálidas aguas humean con vapores sulfurosos? Los que salen de allí con el dardo mortal en el pecho, dicen de ellas: “Estas aguas no son tan saludables como pregonan la fama”. Contempla el ara de Diana en medio del bosque próximo a nuestros muros y el reino conquistado por el acero de una mano criminal; aunque la diosa es virgen y odia las flechas de Cupido. ¡cuántas heridas causa a su pueblo y cuántas causará todavía!

Hasta aquí mi Musa, exponiendo sus advertencias en versos desiguales, te advirtió dónde encontrarías una amada y dónde debes tender tus redes; ahora te enseñaré los hábiles recursos que debes poner en juego para vencer a la que te seduzca. Quienesquiera que seáis. de ésta o de la otra tierra, prestadme todos atención, y tú, pueblo, oye mi palabra, pues me dispongo a cumplir lo prometido. Primeramente has de abrigar la certeza de que todas pueden ser conquistadas, y las conquistarás preparando astuto las redes. Antes dejarán de cantar los pájaros en primavera, en estío las cigarras y el perro de Ménalo huirá asustado de la liebre, antes que una joven rechace las solícitas pretensiones de su amor; hasta aquella que juzgues más difícil se rendirá a la postre; los hurtos de Venus son tan dulces al mancebo como a la doncella: el uno los oculta mal, la otra cela mejor sus deseos. Conviene a los varones no precipitarse en el ruego, y que la mujer, ya de antemano vencida, haga el papel de suplicante. En los frescos pastos la vaca llama al toro con su mugido, y la yegua relincha a la aproximación del caballo. Entre nosotros el apetito se desborda menos furioso, y la llama que nos enciende no traspasa los límites de la naturaleza. ¿Hablaré de Biblis, que concibió por su hermano un amor incestuoso, expiado valerosamente echándose un lazo al cuello? Mirra amó a su padre como no debía amarle una hija, y, convertida en árbol, oculta bajo la corteza su crimen y hoy nos sirven de perfumes las lágrimas que destila el oloroso tronco que aún lleva su nombre. Pacía en los frondosos valles del Ida un toro blanco, gloria del rebaño, señalado por leve mancha negra en la frente; era la única, pues el resto de su cuerpo igualaba la blancura de la leche. Las terneras ardientes de Gnosia y Cidón, desearon sostenerlo sobre sus espaldas, y la adúltera Pasifae, que se regocijaba con la ilusión de poseerlo, concibió un odio mortal contra las que consideraba más hermosas. Cuento hechos harto conocidos. Creta, la de las cien ciudades, y nada escrupulosa en mentir, no osará negarlo. Dícese que ella misma cortaba con poca habilidad las hojas recientes de los árboles y las tiernas hierbas de los prados, ofreciéndoselas al toro; ella seguía al rebaño sin que la contuviese el temor del esposo, y Minos quedó vencido por el cornudo animal. ¿De qué te sirve, Pasifae, ponerte preciosas vestiduras, si tu adúltero amante desconoce el valor de sus riquezas? ¿De qué el espejo que llevas en las excursiones por las montañas, y para qué, necia, cuidas tanto el peinar tus cabellos? Mírate en ese espejo y te darás cuenta de no ser una ternera; mas, ¿con qué ardor no desearías que te naciesen los cuernos en la frente? Si aún quieres a Minos. renuncia e torpes ayuntamientos, y si pretendes engañar a tu esposo, engáñalo con un hombre. Pero la reina, abandonando su tálamo, vaga errante por bosques y selvas como la bacante soliviantada por el dios Aonia. ¡Ah! ¡Cuántas veces distinguía a una vaca con ceño iracundo y exclamaba: ¿Por qué ésta agrada a mi dueño?! Mira cómo retoza en su presencia sobre la fresca hierba. Sin duda cree en su imbecilidad estar así más bella. Dice, y al momento ordena separar a la inocente del rebaño y someter a su cerviz al pesado yugo, o la obliga a caer ante el ara del sacrificio, como víctima, y alegre recoge en sus manos las entrañas de una rival. Muchas veces aplacó a los númenes con tan cruentos sacrificios y

apostrofaba así las carnes, palpitantes: “¡Ea, id a cautivar al que amo!” Ya deseaba convertirse en Europa, ya en la ninfa lo; en ésta porque se transformó en vaca, en la otra porque fue arrebatada sobre la espalda del toro. El jefe del rebaño se juntó con Pasifae, engañado por el cuerpo de una vaca de madera, y el fruto de esta unión descubrió la naturaleza del padre.

Si la otra cretense hubiera resistido las persecuciones de Tiestes, ¡oh, qué difícil es a la mujer agrandar a un solo varón!, Febo no habría detenido su carro y sus corceles en mitad del camino, revolviéndolos hacia las puertas de la Aurora. La hija de Niso, por haberle robado sus purpúreos cabellos, cayó desde la popa de un navío y convirtiéndose en ave. Agamenón, que desafió victorioso los peligros de Marte en la tierra y las borrascas de Neptuno en el piélago, vino a perecer víctima de su adúltera esposa. ¿Quién no ha llorado la suerte de Creusa de Corinto y no ha maldecido a la inicua madre bañada en la sangre de sus hijos? Fénix, la de Amintor, vertió torrentes de lágrimas por sus órbitas privadas de luz, y los caballos espantados destrozaron al infeliz Hipólito. Fineo, ¿por qué saltas los ojos de tus inocentes hijos? ¡Ay!, tan horrendo castigo caerá un día sobre tu cabeza. Tales crímenes hizo cometer la liviandad femenina, más ardiente que la nuestra y con más furor en sus arrebatos.

Animo. y no dudes que saldrás vencedor en todos los combates; entre mil, apenas hallarás una que te resista; las que conceden y las que niegan se regocijan lo mismo al ser rogadas y, dado que te equivoques, la repulsa no te traerá ningún peligro. Mas, ¿cómo te has de engañar teniendo las nuevas voluptuosidades tantos atractivos? Los bienes ajenos nos parecen mayores que los propios; las espigas son siempre más fértiles en los sembrados que no nos pertenecen, y el rebaño del vecino se multiplica con asombrosa fecundidad. Ante todo haz por conocer a la criada de la joven que te interesa seducir para que te facilite el primer acceso, y averigua si obtiene la confianza de su señora y es la confidente de sus secretos placeres; inclínala a tu favor con promesas y ablándala con tus ruegos; como ella quiera, conseguirás fácilmente tus deseos. Que ella escoja el momento, los médicos suelen también aprovecharlo, en que el ánimo de su señora, libre de cuitas, esté mejor dispuesto a rendirse; el más favorable a tu pretensión será aquel en que todo le sonría y le parezca tan bello como la áurea mies en los fértiles campos. Si el pecho está alborozado y no lo oprime el dolor, tiende a dilatarse y Venus lo señorea hasta el fondo. Ilión, embargada de tristeza, pudo defenderse con las armas, y en un día festivo introdujo en su reducto el caballo repleto de soldados. Acomete la empresa así que las oigas quejarse de una rival y esfuérate en que no quede sin venganza la injuria. Que la criada que peina sus cabellos por la mañana avive el resentimiento y ayude el impulso de tus velas con el remo, y díjala suspirando en tenue voz: “Por lo que veo no podrás vengarte del agravio”. Después, que hable de ti con las palabras más persuasivas y júrale que mueres en un amor que raya la locura; pero revélate decidido, no sea que el viento calme y caigan las velas. Como el cristal es frágil, así calma pronto la cólera de la mujer.

Me preguntas si es provechoso conquistar a la misma sirvienta; en tal caso te expones a graves contingencias; ésta, después que se entrega, te servirá más solícita; aquélla, menos celosa: la una te facilitará las entrevistas con su ama, la otra te reservará para sí. El bueno o mal suceso es muy eventual. Aun suponiendo que ella incite tu atrevimiento, mi consejo es que te abstengas de la aventura. No quiero extraviarme por precipicios y agudas rocas; ningún joven que oiga mis avisos se dejará sorprender; no obstante, si la criada que recibe

y vuelve los billetes te cautiva por su gracia tanto como por los buenos servicios, apresura la posesión de la señora y siga luego la de la criada; mas no comiences nunca por la conquista de la última. Una cosa te aconsejo, si tienes confianza en mis lecciones y el viento no se lleva mis palabras y las hunde en el mar: o no intentes la empresa, o acábala del todo; así que ella tenga parte en el negocio no se atreverá a delatarte. El pájaro no puede volar con las alas viscosas, el jabalí no acierta a romper las redes que lo envuelven y el pez queda sujeto por el anzuelo que se le clava; pero si te propones seducirla, no te retires hasta salir vencedor. Entonces ella, culpable de la misma falta, no osará traicionarte, y por ella conocerás los dichos y hechos de la que pretendes. Sobre todo, gran discreción; si ocultas bien tu inteligencia con la criada, los pasos de tu dueña te serán perfectamente conocidos.

Grave error es el de creer que sólo los pilotos y labriegos deben consultar el tiempo. No conviene arrojar fuera de sazón en el campo la semilla que puede engañar nuestras esperanzas, ni en todo tiempo librara los embates de las olas una frágil embarcación, ni siempre es de seguros resultados atacar a una tierna beldad; a veces importa aprovechar la ocasión favorable, ya se aproxime el día de un natalicio, ya de las calendas de marzo, que Venus goza en prolongar. Si el circo resplandece no adornado como antes con figuras de relieve, sino con los despojos de los reyes vencidos, difiere algunos días tu pretensión. Entonces reina el triste invierno y amenazan las lluviosas pléyades: entoncea las tímidas Cabrillas se sumergen en las aguas dei Océano; no acometas nada de provecho, pues si alguien se confía entonces a los riesgos de la navegación, apenas podrás salvar loa ateridos miembros en la tabla de su bajel hecho piezas. Tus ataques han de empezar el dia funesto en que las ondas de Allía se tiñeron con la sangre de los cadáveres romanos o el último de cada semana que consagra al reposo y al culto el habitante de Palestina. Mira con santo horror el natalicio de tu amada y como nefastos los días en que es ineludible ofrecer presentes. Aunque lo evites con cautela, te sonsacará algo; le mujer tiene mil medios para apoderarse del caudal de su apasionado amante. Un vendedor con la túnica desceñida se presentará ante tu dueña, deseosa de comprar, y delante de ti expondrá sus mercaderías. Ella te rogará que las examines para juzgar tu buen gusto; después te dará unos besos y, por último, te pedirá que le compres lo que más le agradé, jurándote que con eso quedará contenta por muchos años y diciéndote: “Ahora tengo necesidad de ello y ahora se puede comprar a un preclo razonable”. Si te excusas con el pretexto de que no tienes en casa dinero bastante, te pedirá un billete y sentirás haber aprendido a escribir. ¡Cuántas veces te exigirá el regalo que se acostumbra en el natalicio, y cuántas renovará esta fecha al compás de sua necesidades! ¿Qué harás cuando la veas llorar desolada por una falsa pérdida y te enseñe las orejas sin los ricos pendientes que llevaba? Las mujeres piden muchas cosas en calidad de préstamo, y así que las reciben se niegan a la devolución. Sales perdiendo y nunca se tiene en cuenta tu sacrificio. No me bastarían diez bocas con otras tantas lenguas si pretendiese referir los astutos manejos de nuestras cortesanas.

¡Explota el camino por medio de la cera que barniza las elegantes tablillas, y que ella sea la primera anunciadora de la disposición de tu ánimo, que ella le diga tus ternuras con las expresiones que usan los amantes y, seas quien seas, no te sonrojen las más humildes súplicas. Aquiles, movido por las preces, entregó a Príamo el cadáver de Héctor, la voz del suplicante, temple la cólera de los dioses. No economices el prometer, que al fin no arruina a nadie y todo el mundo puede ser rico en promesas. La esperanza acreditada

permite ganar tiempo; en verdad, es una diosa falaz; más nos complace ser por ella engañados. Los presentes que le hubieses hecho, podrían incitarla a abandonarte, y por lo pronto se lucraría con tu largueza sin perder nada. Confíe siempre en que le vas a dar lo que nunca pensaste; así un campo estéril burla mil veces la esperanza del labrador, así el jugador empeñado en no perder, pierde a todas y sus manos ávidas no sueltan los dados que le prometen pingües ganancias. Lo principal y más dificultoso es alcanzar de gracia los primeros favores, el temor de darlos sin provecho la inducirá a seguir concediéndolos como antes; dirígale tus billetes impregnados de dulcísimas frases, con el fin de explorar su disposición y tentar las dificultades del camino. Los caracteres trenzados sobre un fruto burlaron a Cidipe, y la imprudente doncella, leyéndolos, se vio cogida por sus propias palabras.

Jóvenes romanos, os aconsejo que no aprendáis las bellas artes con el único objeto de convertirlos en defensores de los atribulados reos; la beldad se deja arrebatar y aplaude al orador elocuente, lo mismo que la plebe, el juez adusto y el senador distinguido; pero oculta el talento, que el rostro no descubra vuestra facundia y que en vuestras tablillas no se lean nunca expresiones afectadas. ¿Quién sino un estúpido escribiría a su tierna amiga en tono declamatorio? Con frecuencia un billete pedantesco atrajo el desprecio a quien lo escribió. Sea tu razonamiento sencillo, tu estilo natural y a la vez insinuante, de modo que imagine verte y oírte al mismo tiempo. Si no recibe tu billete y lo devuelve sin leerlo, confía en que lo leerá más adelante y permanece firme en tu propósito. Con el tiempo los toros rebeldes acaban por someterse al yugo, con el tiempo el potro fogoso aprende a soportar el freno que reprime su ardor. El anillo de hierro se desgasta con el uso continuo y la punta de la reja se embota a fuerza de labrar asiduamente la tierra. ¿Qué más duro que la roca y más leve que la onda?. Con todo, las aguas socavan la dura peña. Persiste y vencerás con el tiempo a la misma Penélope. Troya resistió muchos años, pero al fin cayó vencida. Si te lee y no quiere contestar, no la obligues a ello, procure solamente que siga leyendo tus ternezas, que ya responderá un día a lo que leyó con tanto gusto. Los favores llegarán por sus pasos en tiempo oportuno. Tal vez recibas una triste contestación, rogándote que ceses de solicitarla; ella teme lo que te ruega y desea que sigas en las instancias de lo que te prohíbe. No te descorazones, prosigue y bien pronto verás satisfechos tus votos. En el interín, si tropiezas a tu amada tendida muellemente en la litera, acércate con disimulo a su lado, y a fin de que los oídos de curiosos indiscretos no penetran en la intención de tus frases, como puedas revélale tu pasión en términos equívocos. Si se dirige al espacioso pórtico, debes acompañarla en su paseo, y ora has de precederla, ora seguirla de lejos; ya has de andar de prisa, ya caminar con lentitud. No tengas reparo en escurrirte entre la turba y pasar de una columna a otra para llegar a su lado. Cuida de que no vaya sin tu compañía a ostentar su belleza al teatro; allí sus espaldas desnudas te ofrecerán un gustoso espectáculo: allí la contemplarás absorto de admiración y le comunicarás tus secretos pensamientos con los gestos y las miradas. Aplaudefe entusiasmado la danza del actor que representa a una doncella, y más todavía al que desempeña el papel de amante. Levántate si ella se levanta, vuelve a sentarte si se sienta, y no te pese desperdiciar el tiempo al tenor de sus antojos. Tampoco te detengas demasiado en rizarte el cabello con el hierro o en alisarte la piel con la piedra pómez; deja tan vanos aliños para los sacerdotes que aullan sus cantos frígios en honor de la madre Cibeles. La negligencia constituye el mejor adorno del hombre. Teseo, que nunca se preocupó del peinado, supo conquistar a la hija de Mínos; Fedra enloqueció por Hipólito, que no se

distinguía por lo elegante, y Adonis, tan querido de Venus, sólo se recreaba en las selvas. Preséntate aseado, y que el ejercicio del campo de Marte solee tu cuerpo envuelto en una toga bien hecha y airosa. Sea tu habla suave, luzcan tus dientes de esmalte y no vaguen tus pies en el ancho calzado; que no se ericen los pelos mal cortados, y tanto éstos como la barba entrégalos a una hábil mano. No lleves largas las uñas, que han de estar siempre limpias, ni menos asomen los pelos por las ventanas de tu nariz, ni te huela mal la boca, recordando el fétido olor del macho cabrío. Lo demás resérvalo a las mucháchas que quieren agradar y para esos mozos que, con horror de su sexo, se entregan a un varón.

Mas ya llama a su poeta Baco, el que ayuda siempre a los amantes y atiza las llamas en que él mismo se consume. Ariadna erraba loca por la desierta arena que ciñe la isla de Naxos, medio cubierta con la sencilla túnica, con los pies descalzos y los rubios cabellos, se dirige a las olas llamando al cruel Teseo, y un raudal de lágrimas se desliza por sus frescas mejillas; gritaba y lloraba a la vez, y el llanto y las voces, lejos de amenguar su belleza, contribuían a realzarla de un modo extraordinario. Ya golpeándose el pecho sin cesar con una mano despiadada, gritaba: “El pérfido ha partido; qué será de mí, qué suerte me espera?” En aquel momento resuenan por el extenso litoral los címbalos y los timbales golpeados por frenéticas manos, cae desvanecida, las últimas palabras expiran en sus labios y diríase que en sus venas no queda una gota de sangre. De súbito aparecen los bacantes con los cabellos tendidos por la espalda, y detrás la turba de sátiros que preceden al dios; después el viejo Sileno, tan borracho, que gracias si se mantiene en equilibrio cogiéndose a las crines dei ascono cabizbajo, persigue a las bacantes que huyen y le acometen de súbito. Como es tan mal jinete, castiga con la vara el cuadrúpedo que monta y al fin se apea de bruces por las orejas del paciente animal. Los sátiros entonces gritan: “Levántate, padre Sileno, levántate”. Llega al fin, en su carro ceñido de pámpanos, el dios que gobierna dos domados tigres con riendas de oro. Pálida de terror, Ariadna no nombra más a Teseo, porque la voz se le enmudece en la garganta; tres veces quiso huir y el miedo la paralizó otras tantas; estremeciése como las espigas agitadas por el viento y la débil caña que tiembla en las orillas del húmedo pantano. El dios le conforta así: “Depón tus temores; yo seré un amante más fiel que Teseo, y tú serás Ariadna, la esposa de Baco. El cielo premiará tu dolor; como una constelación reinarás en el cielo y las naves conducirán su rumbo por el brillo de tu corona de brillantes”. Dijo, y para que los tigres no la espantasen, baja del carro, salta a la arena de la playa, que cede a sus pies, y la arrebató en los brazos, sin que ella pugne por defenderse, que no es fáeil resistir al poderío de un inmortal. Unos entonan los cantos de Himeneo, otros gritan: “Evoe, Evoe”, y entre el común alborozo, el dios y la joven desposada se recuestan en el tálamo nupcial.

Así, cuando asistieras a un banquete en el que abunden los dones de Baco, si una muchacha que te agrada se coloca cerca de ti en el lecho, ruega a este padre de la alegría, cuyos misterios se celebran por la noche, que los vapores del vino no lleguen a trastornar tu cabeza. Así te será permitido dirigir a tu bella insinuantes discursos con palabras veladas que no escaparán a su perspicacia y se los aplicará a sí misma; escribe en la mesa dulcísimas palabras, con gotas de vino en las que tu amiga adivine tu pasión avasalladora, y fija en los suyos tus ojos respirando fuego: un semblante mudo habla a las veces con singular elocuencia. Arrebata presuroso de su mano el vaso que rozó con sus labios y bebe por el mismo lado que ella bebió. Coge cualquier manjar que hayan tocado sus dedos y aprovecha la ocasión para que tu mano tropiece con la suya; Ingéniate, asimismo, por

ganarte al esposo de tu amada; os será muy útil a los dos tenerlo por amigo. Si la suerte te proclama rey del festín. concédele la honra de beber primero y regálale la corona que ciñe tu cabeza; ya sea tu igual, ya inferior a ti, déjale que tome de todo antes y no dudes en dirigirle las expresiones más lisonjeras. Con el falso nombre de amigo se burla multitud de veces sin riesgo a un marido, y aunque el hecho queda casi siempre impune, no deja de ser un crimen. En tales casos, el procurador suele ir más lejos de lo que se le encomienda, y se cree autorizado para traspasar las órdenes que recibió.

Deseo darte la medida a que te atengas en el beber: es aquella que no impide al seso ni a los pies cumplir su oficio. Evita, en primer término, las reyertas que provoca el vino y los puños demasiado prontos a repartir golpes. Euritión murió por haber bebido desatinadamente. Entre el vino y los manjares sólo debe reinar la alegría. Si tienes buena voz, canta; si tus brazos son flexibles, baila, y no descuides, si las tienes, revelar aquellas dotes que favorecen la seducción. La embriaguez verdadera perjudica, pero cuando es fingida puede ser útil. Estropee tu lengua solapada la pronunciación de las voces; así lo que digas o hagas fuera de lo regular, creerán todos que lo ocasiona el exceso de bebida. Desea mil felicidades a la señora de tus pensamientos y al que tiene la dicha de compartir su tálamo; mas en lo recóndito del alma profiere contra este último cien maldiciones. Cuando las mesas se levantan y los convidados se retiran, aprovecha las circunstancias del lugar y la confusión para acercarte a ella; mézclate con la turba, colócate sin sentir a su lado, pásale el brazo por el talle y tócale el pie con el tuyo. Esta es la ocasión de abordarla; lejos de ti el agreste pudor; Venus y la Fortuna alientan siempre a los audaces.

No creas que yo te indicaré los preceptos de la elocuencia; rompe el silencio con atrevimiento, y las frases espontáneas y felices acudirán a tus labios. Tienes que representar el papel de un amante y tus palabras han de quemar con fuego como el que te devora; te serán lícitos todos los argumentos para persuadirla de tu pasión y serás creído sin dificultad, Cualquiera se juzga digna de ser amada y aun la más fea da gran valor a sus atractivos; mil veces el que simula el amor acaba por sentirlo de veras y acaba por sentir lo que en principio fingía. ¡Oh jóvenes!, tened tolerancia con los que se aprestan a engañaros; muchas veces un falso amor se convierte en verdadero. Esfuérzate en apoderarte de su albedrío con discretas lisonjas, como el arroyo filtra sus claras ondas en las riberas que los dominan. Dirígele sin vacilación tus alabanzas a la belleza de su rostro, a la profusión de sus cabellos, a sus finos dedos y a su pie pequeño; la mujer más casta se deleita cuando oye el elogio de su hermosura, y aun las vírgenes inocentes dedican largas horas a realzar sus encantos. ¿ Por qué Juno y Palas se avergüenzan todavía de no haber obtenido el premio en el certamen de los montes de Frigia? El ave de Juno despliega orgullosa su plumaje, viéndolo alabado; si lo contemplaras en silencio, recoge su tesoros. En el certamen de la veloz carrera, los corceles se entienden con los aplausos que se tributan a sus cuellos arrogantes y bien cuidadas crines. No seas tímido en prometer; las jóvenes claudican por las promesas, y pon a los dioses que quieran como testigos de tu sinceridad. Júpiter, desde lo alto, se ríe de los perjuros de los amantes y dispone que los vientos de Eolia los sepulten en las olas; por las aguas de Estigia solía jurar con engaño ser fiel a Juno, y su mal ejemplo alienta hoy a todos los perjuros.

Es necesario que existan dioses, y como conviene creer en su existencia, aportemos a las antiguas aras las ofrendas del incienso y vino. Ellos no yacen sumidos en quietud reposada y semejante al sueño; vivid en la inocencia y velarán por vosotros. Volved el depósito que

se os ha confiado, obedeced las piadosas leyes, aborreced el fraude y que vuestras manos estén limpias de sangre. Si sois inteligentes, engañad impunemente a las jóvenes; fuera de esto, observaréis siempre la buena fe. Burlad a las que pretenden burlaros; casi todas son gente de poca confianza; caigan presas en los lazos que os tienden. Es fama que el Egipto, por la sequía que abrasaba la tierra, vio estériles sus campos durante nueve años. Trasio entonces se presentó a Busiris y le anunció que sería fácil aplacar a Jove con la sangre de un extranjero, y Busiris le contestó: “Tú serás la primera víctima ofrecida al padre de los dioses, y como huésped de Egipto, tú nos traerás el agua”. Fálaris tostó en el toro de bronce los miembros de Perilo, su inventor, que experimentó el primero tan atroz suplicio; uno y otro fueron justos. ¿Qué ley más equitativa que condenar a los artífices de tormentos a morir con su propia invención? Es razonable castigar a las perjuras con el perjurio, y no pueden quejarse más que de ellas mismas, puesto que su ejemplo alienta la falsía.

También son estimulantes las lágrimas, que pueden ablandar el diamante: si te es posible, que vea húmedas tus mejillas, y si te faltan las lágrimas, porque no siempre acuden al tenor de nuestros deseos, restrégate los ojos con los dedos mojados. ¿Qué pretendiente listo no sabe ayudar con besos las palabras sugestivas? Si te los niega, dáselos contra su voluntad; ella á caso resista al principio y te llame malvado; pero aunque resista, desea caer vencida. Evita que los hurtos hechos a sus lindos labios la lastimen y que la oigas quejarse, con razón, de tu dureza. El que logra sus besos, si no se apodera de lo demás merece por mentecato perder aquello que ya ha conseguido. Después de éstos, ¡qué poco falta a la completa realización de tus votos! La estupidez y no el pudor detiene tus pasos. Aunque diga que la has poseído con violencia, no te importe; esta violencia gusta a las mujeres: quieren que se les arranque por la fuerza lo que ellas desean conceder. La que se ve atropellada por la ceguedad de un pretendiente, se regocija de ello y estima su brutal acción como un rico presente, y la que pudiendo caer vencida sale intacta de la pelea, simula en apariencia la alegría, mas en el corazón reina la tristeza. Febe se rindió a la violencia, lo mismo que su hermana, y los raptos fueron muy queridos de sus víctimas.

Una historia muy conocida, que no por eso no debe contarse otra vez, es la de aquella hija del rey de Sciros, cuyos favores alcanzó el joven Aquiles. Ya la diosa, vencedora de sus rivales en el monte Ida, había mostrado su reconocimiento a París, que la designó como la más hermosa; ya de extraño reino había llegado la nuera al palacio de Príamo y los muros de Illión encerraban a la esposa de Menelao; los príncipes griegos juraron vengar la afrenta del esposo, que si bien de uno solo, recaía por igual sobre todos. Aquiles ocultaba su sexo con rozagante vestidura de mujer, cosa torpe en verdad si no obedeciera a los ruegos de una madre. ¿Qué haces, nieto de Eaco? No es ocupación digna de ti hilar lana. Arribarás a la gloria, siguiendo otra arte de Palas. No convienen los canastillos al brazo que ha de soportar el escudo. ¿Por qué sostienes la rueca con esa diestra que derribara un día la pujanza de Héctor? Arroja los husos que devanan el estambre laborioso y empuña en tu recia mano la lanza de Pelias. Por acaso durmieron una noche en el mismo tálamo Aquiles y la real doncella, que descubrió con estupor el sexo del que le acompañaba. Ella, no cabe duda, cedió a fuerza mayor, así hemos de creerlo; pero tampoco sintió mucho que la fuerza saliese vencedora, pues cuando el joven apresuraba la partida, después de trocar la rueca por las armas, le dijo repetidas veces: “Quédate aquí”. ¿Dónde está la violencia? Deidamia, ¿por qué retienes con palabras cariñosas al autor de tu deshonra?

Si la mujer, por un sentimiento de pudor, no revela a la primera su intención, se conforma

a gusto con que el hombre inicie el ataque. Excesiva confianza pone en las gracias de su persona el mancebo que espera que la mujer se anticipe a su ruego. Es él quien ha de comenzar, quien ha de dirigirle la palabra, expresando estas tiernas solicitudes que ella acogerá con agrado. Para obtener su equiescencia, ruega; es lo único que ella exige; declárale el principio y la causa de tu inclinación. Júpiter se mostraba siempre rendido con las antiguas heroínas, y con todo su poder no consiguió que ninguna se le ofreciese primero. Mas si ves que tus rendimientos sólo sirven para hincharla de orgullo, desiste de tu pretensión y vuelve atrás tus pasos. Muchas suspiran por el placer que huye, y aborrecen el que se las brinda; insta con menos fervor, y dejarás de parecerle inoportuno. No siempre han de delatar tus agasajos la esperanza del triunfo; en ocasiones conviene que el amor se insinúe disfrazado con el nombre de amistad. He visto más de una mujer intratable sucumbir a esta prueba, y al que antes era su amigo, convertirse al fin en su amante.

Un cutis muy blanco no dice bien al marino, que lo debe tener tostado por las aguas salobres y los rayos del sol, y tampoco al labriego, que remueve la tierra sin descanso a la intemperie, con la reja o los pesados rastrillos; y sería vergonzoso que tu cuerpo resplandeciese de blancura persiguiendo con afán la corona del olivo. El amante ha de estar pálido, es el color que publica sus zozobras, y el que le cuadra, aunque muchos sean de diferente opinión. Con pálido rostro perseguía Orión por las selvas a Lirice, y pálido estaba Dafnis por los desvíos de una náyade cruel. Que la demacración pregone las angustias que sufres, y no repares en cubrir con el velo de los enfermos tus hermosos cabellos. Las cuitas, la pena que nace de un sentimiento profundo y las noches pasadas en vela aniquilan el cuerpo de las jóvenes; para lograr tu intento has de convertirte en un ser digno de lástima, tal que quien te vea, exclame al punto: “Está enamorado”.

¿Sentiré la confusión que existe al apreciar lo justo y lo injusto, o más bien os aconsejaré sobre ello? La amistad; la buena fe, son entre nosotros nombres sin sentido. ¡Qué dolor! Es peligroso ensalzar a la que amas delante de un amigo, pues como estime merecidas tus alabanzas, trataría de quitártelas. Mas Patroclo -dirás- no mancilló el lecho de Aquiles, y Fedra conservó su pudor al lado de Piritoo. Píldes amb castamente a Hermíone, como Febo a Palas. como los gemelos Cástor y Póluz a su hermana Helena. Si alguien espera hoy ejemplos semejantes, eapere coger los frutos del tamariz y encontrar miel en la corriente de un río. Nos atrae con fuerza la culpa; cada cual atiende a sus placeres, y le resultan más intensos gozándoloa a costa de un desdichado. ¡Qué maldad! No es al enemigo al que debe tenerle miedo el amante; no debes fiarte de ese que consideras más fiel a ti y vivirás con seguridad; desconfía del pariente. del hermano y estimado amigo, porque todos te infundirán graves sospechas.

Ya iba a terminar, pero como son tan diversos los temperamentos de la mujer, hay mil formas de dominarla. No todas las tierras producen los mismos frutos; la una conviene a las vides, la otra a los olivos, aquella de allí a los cereales. Nuestro ánimo cambia tanto como los rasgos de nuestro rostro, y como Proteo, ya se transforma en un arroyo fugitivo, ya en un león, un árbol o un jabalí. Algunos peces se pescan con el dardo, otros con el anzuelo y muchos caen prisioneros en las redes que les tíende el pescador. Nunca uses las mismas prácticas con las mujeres de edades distintas: la cierva vieja distingue desde lejos los lazos que ofrecen peligro. Si pareces muy avisado a las noticias atrevido a las gazmoñas, unas y otras perderán la confianza en ti, intentando siempre defenderse. De ahí

que la que tiene miedo de entregarse a un joven digno, tal vez caiga en brazos de un pelafustán. He terminado una parte de mi trabajo, otra me queda por empezar; echemos aquí el áncora que frene la nave.

LIBRO SEGUNDO

¡Cantad! ¡Cantad! Repetid el himno olímpico. Cantad por segunda vez, ¡vitor Peán!, la presa que acosaba al fin cayó en mis redes. Que el alegre amante rodee mis sienes de verde lauro y me suba sobre el cantor de Escra y el viejo Homero. El hijo de Príamo, huyendo a toda vela de la belicosa Amiclas, quitó la esposa a su esposa, a su huésped y tal era Hipodamia, el cual, en un carro vencedor, te llevaba lejos de los confines de la patria. Joven, ¿por qué te apresuras?; tu barco navega en alta mar y el puerto al cual te conduzco está muy distante. No es suficiente que mis enseñanzas hayan hecho que se rinda en tus brazos una bella: por mi arte pudiste conseguirla y mi arte hará que puedas conservarla. No arguye menos mérito que la conquista el guardar lo conquistado: lo uno es obra del azar y lo otro consecuencia del arte. Ahora, pues, Cupido y Citeres, si alguna vez me fuisteis propicios, venid en mi ayuda; y tú, Erato, cuyo nombre quiere decir amor. Voy a exponer los medios eficaces de fijar los pasos de ese niño vagabundo que recorre por acá el vasto universo. Tiene gran ligereza y dos alas para volar; por consiguiente, es muy difícil sujetarle al freno.

Minos había pensado en todo cuanto pudiese impedir la fuga de su huésped; más éste, con sus alas, se abrió camino a través de los mares. Apenas Dédalo hubo encerrado aquel monstruo, medio hombre y medio toro, que concibiera una madre criminal, apareció al justiciero Minos y le dijo: “Espero que pongas término a mi destierro y que mi pueblo natal reciba mis cenizas, y ya que la iniquidad del destino no me permitió vivir en mi patria, séame lícito morir en ella. Si consideras mi vejez indigna de tu gracia, pon en libertad a mi hijo, y si rehusas perdonarlo, perdona al menos a su anciano padre”. Así dice, y refuerza éstos con otras mil razones; pero Minos permanecía inflexible, y comprendiendo la inutilidad de sus ruegos, se dijo a sí mismo: “Ahora, Dédalo, ahora se te ofrece la ocasión de acreditar tu inventiva. Minos impera en la tierra y domina sobre el mar; la tierra y el agua se oponen a nuestra fuga; mas la ruta del cielo queda libre y por ella intento abrirme camino. ¡Júpiter, poderoso, dignate favorecer mi audaz tentativa; no me propongo escalar las celestes mañiones, pero no encuentro más que esta vía abierta a mi salvación! Si la Estigia me ofrece un pasaje, atravesaré las ondas de la Estigia; séame permitido cambiar mi propia naturaleza”.

Las desgracias avivan a menudo el ingenio. ¿Quién hubiese nunca creído que el hombre llegaría a viajar por el aire? Con plumas hábilmente dispuestas, que enlaza un hilo de lino, y uniendo las extremidades con cera derretida al fuego, termina un día la artística labor. Icaro, gozoso, maneja la cera y las plumas, ignorando que fuesen las armas que habría de cargar sobre sus hombros. El padre le dijo entonces: “Con estas naves hemos de abordar la patria, y gracias a su auxilio escaparemos de la tiranía de Minos. Nos atajó todos los caminos, mas no pudo impedirnos el de los aires, y pues éste se nos permite, aprovecha mi invento para atravesarlo, pero evita eproximarte a la virgen de Tegea y a Orión, que, espada en mano, acompaña al Boyero. Mide tu vuelo por el mío; yo te precederé, y

siguiéndome próximo, marcharás con seguridad bajo mi dirección. Si voláramos por el eterno elemento cerca del sol, la cera no soportaría el calor, y si con vuelo humilde nos deslizásemos hasta la superficie de las olas, las plumas, humedecidas por el agua, perderían su movilidad. Vuela entre estos dos peligros; sobre todo, hijo, teme a los vientos y deja tus alas obedezcan a su impulso”. Después de darle estos avisos, adapta las alas al muchacho y le enseña a moverlas, como el ave instruye a volar a sus débiles polluelos; en seguida ajusta a sus hombros las que fabricó para sí y ensaya con timidez el vuelo por la nueva ruta. Ya dispuesto a volar abraza y besa a su hijo y las lágrimas resbalan por sus mejillas paternas.

Destacábase no lejos una colina, que sin alcanzar la altura de un monte, dominaba los campos, y desde ella se lanzaron los dos a la peligrosa evasión. Dédalo mueve las alas y no pierde de vista las de su hijo, sosteniendo la marcha con uniforme velocidad. Lo nuevo del viaje les produce indecible satisfacción y el audaz Icaro traspasa las órdenes prescritas. Un pescador les vio al tiempo que sorprendía los peces, y del asombro la flexible caña se le escapó de las manos. Ya habían dejado a la izquierda Samos y Naxos, Paros y Delos, tan amada de Febo, y a la diestra Lebintos, Calime, que sombrean los árboles, y Astipalea, ceñida de pantanos abundantes en pesca, cuando el joven, incauto y temerario con exceso, se eleva más alto en el aire y abandona a su padre; al momento se relaja el trabajón de las alas, la cera se derrite a la proximidad del sol y por más que mueve sus brazos no acierta a sostenerse en la tenue atmósfera; aterrado, desde la celeste altura pone en el mar las miradas, y el espanto que le produce cubre su rostro con un denso velo. La cera se había derretido; en vano agita los brazos. Despojado de las alas, falta de sostén, tiembla, cae, y al caer exclama: “Padre mío, me veo arrastrado”: y las verdes olas ahogan sus voces lastimeras.

El infeliz padre, que ya no lo era, grita: “Icaro, Icaro, ¿por qué región del cielo caminas?”. Y aún le llamaba cuando distingue las plumas sobre las ondas: la tierra recibió sus despojos y el mar todavía lleva su nombre. Minos no pudo impedir que Icaro volase, y yo me empeño en detener a un dios más voluble que los pájaros.

Se equivoca totalmente el que recurre a las artes de las hechiceras de Hemonia, y se vale del hipomades extraído de la frente de un potro juvenil. Las hierbas de Medea y los ensalmos de los Marsos, con sus acentos mágicos, no consiguen infundir su amor. Si los encantamientos lo pudiesen crear, Medea hubiera retenido al hijo de Esón y Circe al astuto Ulises. De nada aprovecha a las jóvenes tomar filtros amorosos, que turban la razón y excitan el furor. Rechaza los artificios culpables; si quieres ser amado, se amable; la belleza del rostro o la apostura arrogante no bastan para asegurar el triunfo. Aunque fueses aquel Nireo tan celebrado por Homero, o el tierno Hilas, a quien arrebataron las culpables ráyades, si aspiras a la fidelidad de tu dueña y a no verte un día abandonado, has de juntar las dotes del alma con las gracias corporales. La belleza es un don muy fragil: disminuye con los años que pasan, y su propia duración la aniquila. No siempre florecen las violetas y los lirios abiertos, y en el tallo en que se irguió la rosa quedan las punzantes espinas. Lindo joven, un día blanquearán las canas en tus cabellos y las arrugas surcarán tus hoy frescas mejillas. Eleva tu ánimo si quieres resistir los estragos del tiempo y conserva tu belleza: es el único compañero fiel hasta el último suspiro. Aplícate al cultivo de las bellas artes y al estudio de las dos lenguas. Ulises no era hermoso, pero sí elocuente, y dos divinidades marinas sufrieron por él angustias mortales. ¡Cuántas veces Calipso se dolió

viéndole apresurar la partida y quiso convencerle de que el tiempo no favorecía la navegación! Continuamente le instaba a repetir los sucesos de Troya y él sabía relatar el mismo caso con amena variedad. Un día que estaban sentados en la plaza, la hermosa Calipso le pidió que le refiriese de nuevo la trágica muerte del príncipe de Odrisis y Ulises, con una varilla delgada que al azar empuñaba, trazó en la arena el cuadro del suceso, diciéndole: “Esta es Tróya (y dibujó los muros en el suelo arenoso); por ahí corre el Somois y aquí estaba mi campamento; más lejos se distingue el llano (y en seguida lo traza), que regamos con la sangre de Dolón la noche que intentó apoderarse de los caballos de Aquiles; por allí cerca se alzaban las tiendas de Reso el de Tracia, y por allí regresé yo la misma noche con los corceles robados a este príncipe”. Proseguía la descripción, cuando una ola repentine destruyó el contorno de Pérgamo y el campo de Reso con su caudillo. Entonces la diosa dijo: “Ya ves, las olas que crees favorables a tu partido, cómo destruyen en un momento a hombres tan insignes”.

Seas quien seas, pon una linda confianza en el prestigio de tu semblante y adórnate con prendas superiores a las del cuerpo. Una afectuosa complacencia gana a todos los corazones, y la rudeza engendra odios y guerras enconadas. Aborrecemos al buitre, que vive siempre sobre las armas, y a los lobos, siempre dispuestos a lanzarse sobre el tímido rebaño, mientras todos respetan a la golondrina, y a la paloma caoína, que habita en las torres que levantó la industria humana. Lejos de vosotros queden las querellas y expresiones ofensivas; el tierno amor se alimenta de dulces palabras. Con las reyertas, la esposa aleja de sí al marido, y el marido aparta a la mujer; obrando así creen devolverse sus mutuos agravios; esto conviene a las casadas; las riñas son el dote del matrimonio; mas en los oídos de una amiga sólo han de sonar voces lisonjeras. No os habéis reunido en el lecho por mandato de la ley; el amor desempeña con vosotros sus funciones; al acercarte a su lado, prodígale blandas caricias y dile frases conmovedoras si quieres que se regocije en tu presencia. No es a los ricos a quienes me propongo instruir en el arte amatorio: el que da con largueza no necesita mis lecciones. Se pasa de listo el que dice cuando quiere: “Acepta este regalo”, y desde luego le cedo el primer puesto; para vencer, sus dones valen más que mis consejos. Soy el poeta de los pobres porque amé siendo pobre, y como no podía brindar regalos, pagaba con mis versos.

El pobre, ame con discreción, el pobre huya de la maldicencia y soporte resignado muchas cosas que no toleran los ricos. Recuerdo que, en cierta ocasión, me sé frenético los cabellos de mi querida, y este instante de cólera lo pagué con la pérdida de días deliciosos. Ni me di cuenta, ni creo que le rompiese la túnica; pero ella lo afirmó y tuve que comprarle otra nueva. Vosotros, si sois cuerdos, evitad los desplantes en que incurrí desatinado y temed las consecuencias de mi falta. Las guerras, con los partos; con vuestras amigas vivid en paz y ayudados con los juegos y las delicias que mantienen la ilusión. Si fuese dura y un tanto esquiva a tus pretensiones, paciencia y ánimo: con el tiempo se ablandará. La rama del árbol se encorva fácilmente si la doblas poco a poco, pero se rompe si la tuerces poniendo a contribución todo tu vigor. Aprovechando el curso del agua, pasarás el río, y como te empeñes en nadar contra la corriente te verás por ella arrastrado. Con habilidad y blandura se doman los leones y tigres de Numidia, y poco a poco se somete el toro al yugo del arado. ¿Hubo criatura más selvática que Atalanta, hija de Arcadia? Pues con toda su fiereza sucumbió ante los rendimientos de un joven. ¡Cuántas veces Milanión (así se dice) lloró a la sombra de los árboles su tormento y la crueldad de la doncella! ¡Cuántas, por

obedecerla, cargó sobre los hombros las engañosas redes y atravesó con los dardos al cerdoso jabalí, hasta que se sintió herido por el arco de su rival, Hileo, aunque otro arco más temible había hecho blanco en su corazón!

Yo no te mando que así armados recorras las asperezas del Ménalo, ni que lleves las redes en tus espaldas, ni que ofrezcas el pecho a las saetas dirigidas contra ti. Un mozo previsor halla suma facilidad en seguir los preceptos de mi arte. Cede a la que te resista; cediendo cantarás victoria. Arréglate de manera que hagas las imposiciones de su albedrío. ¿Reprueba ella una cosa? Repruébala tú y alábala si la alaba; lo que diga, repítelo, y niega aquello que niegue; ríete si se ríe, si llora haz saltar las lágrimas de tus ojos, y que tu semblante sea una fiel copia del suyo. Si juega, revolviendo los dados de marfil, juega tú con torpeza, y en seguida pásale la mano; si te recreas con las tabas, evítale el disgusto de perder y amáñate por que te toque siempre la fatal suerte del perro, y si os entretenéis robándoos las piezas de vidrio, deja que las tuyas caigan en poder de la parte contraria; recoge por la empuñadura la sombrilla abierta cuando haya necesidad, y si atraviesa por medio de la turba, ábrele camino; al inclinarse en el blando lecho, no descuides ofrecerle un escabel y quita o calza las sandalias a su pie delicado.

A veces, tiritando de frío tendrás que calentar su mano helada en tu seno, y aunque sea vergonzoso para un hombre libre, no te abochorne sostenerle el espejo: ella te lo agradecerá. El héroe vencedor de los monstruos, que le suscitó una madrastra, cuyo odio logró vencer; el que ganó por sus méritos el cielo que antes sostuvo en sus recias espaldas, es fama que manejaba los canastillos e hiló lana entre las doncellas de Jonia. El héroe de Tirinto obedeció los mandatos de una mujer; anda, pues, y quéjate de sufrir lo que aquél sufrió. Si te ordena presentarte en el foro, acude con antelación a la hora que te indique, siendo el último que te retires. ¿Te da una cita en cualquier otro lugar? Olvida todos los quehaceres, corre apresurado y que la turba de transeúntes no logre embarazar tus pasos. Si volviendo a casa de noche, después de un festín llama a su esclavo, ofrécele tus servicios, y si están en el campo y te escribe “ven en seguida”, el amor odia la lentitud; a falta de coche, emprende a pie la caminata, y que no te retrase ni el tiempo duro, ni la ardiente canícula, ni la vía cubierta con un manto de nieve.

El amor, como la milicia, rechaza a los pusilánimes y los tímidos que no saben defender sus banderas. Las sombras de la noche, los fríos del invierno, las rutas interminables, la crueldad del dolor y toda suerte de trabajos son el premio de los que militan en su campo. ¡Qué de veces tendrás que soportar el chaparrón de las altas nubes y dormir a la intemperie sobre este duro suelo! Cuentan que Apolo apacentó en Fera las vacas de Admeto y dormía en una humilde choza. ¿Quién no resistirá lo que Apolo soportó con paciencia? No sientas orgullo ya que intentas crear con tu amada lazos que duren siempre. Si en su casa te niegan la entrada y la puerta aseguran con el cerrojo, resbálate sin miedo por el lecho o entra con disimulo por la alta ventana. Se sentirá satisfecha cuando sepa del peligro que corriste por ella, y en ese riesgo tuyo verá la más segura prueba de tu amor. Leandro, muchas veces pudiste prescindir de la compañía de Hero, empero pasabas a nado el estrecho para que supiera de tu valor y de tu ánimo.

No desprecies el pedir ayuda de las criadas, según el puesto que cada cual ocupe, y si lo crees necesario pide el favor de los siervos. Dale a cada uno su nombre, esto no te causará ningún perjuicio, y, como amante apasionado, estrecha entre las tuyas sus manos serviles.

Según de la forma de que dispongas, haz algún regalo al que te lo solicite, y también a las sirvientas en el aniversario de aquel día en que, caracterizadas de matronas, burlaron y derrotaron a los soldados galos. Escúchame, recibe el favor de la plebe menuda y no echas al olvido al portero ni al vigilante de su dormitorio.

No te aconsejo que des ricos presentes a tu amada, sino sencillos, y que el valor sea tu oportunidad. Siempre que la cosecha sea muy abundante y los árboles estén muy llenos de frutos, haz que tu siervo le llene en un canastillo los frutos del campo, y dile, aunque los hayas comprado en la vía Sacra, que los has cogido en un huerto cercano a la ciudad. Mándale las uvas o las castañas tan deseadas por Amarilis, aunque a las jóvenes de hoy no les agraden demasiado, y una docena de tordos o un par de palomas le darán a conocer que no puedes olvidarla. Con esos presentes se conquista también la herencia de un viejo sin descendencia; pero mala peste destruya a los que ofrecen dádivas con intenciones criminales.

¿Te aconsejaré también que escribas en tus billetes delicados versos? ¡Ay de mí! Los versos hoy disfrutan de muy poco prestigio; son alabados, eso sí, pero tienen más aceptación los magníficos regalos. Por muy rudo que sea un rico, nunca deja de agradar. Hoy se vive en el siglo del oro, y al oro se les atribuyen honores, y hasta el amor se logra a fuerza de oro. Infeliz Homero, si vinieses en compañía de las musas y con las manos vacías, serías despedido ignominiosamente. Empero, hay muy pocas mujeres ilustradas y otras que no lo son y quieren parecerlo; tanto a éstas como aquéllas, alábalas en tus versos, y, buenos o malos, dales relieve en el primer recitado; ilustradas o ignorantes seguramente considerarán como un obsequio los cantos compuestos en su honor.

Compóntelas de manera que tu amada te ruegue en cualquier ocasión aquello mismo que pensabas realizar, creyéndolo conveniente. Si has prometido poner en libertad a alguno de tus siervos, dile que vaya a interponer el favor de la señora de tus pensamientos, y al le perdonas de un castigo o le libras de encadenarle, deba a tu intersección que depongas aquello que estabas dispuesto a hacer. El honor será de tu amada, la utilidad tuya, y no te perjudicarás en que ella crea que mantiene sobre ti un dominio absoluto. Si tienes un gran interés en conservar sus relaciones, convéncela de que estás hechizado por su belleza. ¿Viste el manto de Tiro?, alaba la púrpura de Tiro. ¿Se cubre con los finos tejidos de Cos?, dile que esas telas la hacen maravillosa. ¿Se adorna con franjas de oro?, asegúrale que sus formas tienen más valor que el rico metal. Si se defiende con el abrigo de paño recio, procura estar de acuerdo con su determinación; si viste una ligera túnica, dile que así aumente tus deseos, y con suavidad dile que se preserve del frío. ¿Divide el peinado de sus cabellos?; alégrate por lo bien dispuestos. ¿Los tuerce en rizos con el hierro?; pondera sus graciosos rizos. Admira sus brazos en la danza, su voz cuando cante, y así que termine, duélete de que haya acabado tan pronto. Admitido en su tálamo, podrás venerar lo que constituye tu dicha y expresar a voces las sensaciones que te embargan, y aunque sea más fiera que la espantosa Medusa, se convertirá en dulce y tierna para su amante. Ten exquisita cautela en que tus palabras no le parezcan fingidas y el semblante contradiga tus razones; aprovecha ocultar el artificio, que una vez descubierto llena de rubor, y con justicia destruye por siempre la confianza.

Al declinar de un año abundantísimo, cuando los maduros racimos se pintan con un jugo de púrpura y el tiempo inconstante ya nos encoge con el frío, ya nos sofoca con el calor, y

sus bruscas transiciones rinden el cuerpo y la languidez, ella puede rebosar de salud, más si cae enferma en el lecho y siente la maligna influencia de la estación, entonces has de patentizar tu amor y solicitud; siembra entonces para recoger después una abundante cosecha; no te enoje el fastidio que produce una larga enfermedad, rindan tus manos los servicios que ella consienta, vea las lágrimas suspensas en tus ojos y no advierta que la repugnancia te impide besar sus yertos labios y humedecerlos con tu llanto. Haz votos por su salud en alta voz, y si se ofrece la ocasión, cuéntale el sueño del feliz augurio que han tenido y ordena que una vieja purifique el dormitorio y el lecho, llevando en sus trémulas manos el azufre y los huevos de la expiación. Ella conservará un grato recuerdo de tus servicios, y con tal conducta muchos se abrieron camino para conquistar una herencia: pero evita provocar el odio de la enferma por tu excesiva oficiosidad, y guarda la justa medida en tu solícito celo. No le impidas que coma, y si tiene que tomar una posición, que se la sirva tu rival.

El viento que hincha tus velas a la salida del puerto, no te servirá cuando navegues en alta mar. El amor débil en sus nacimientos, hecho costumbre, cobra fuerza, y si lo nutres bien, con el tiempo adquiere gran robustez. El becerrillo que acostumbres halagar con tus caricias, ya hecho toro infunde pavor; el árbol a cuya sombra descanses ahora, fue un débil plantón; el arroyuelo humilde, dilata el caudal en su curso, y por donde pasa recibe multitud de corrientea que lo transforman en río impetuoso. Que se acostumbren a tratarte, tiene gran poder el hábito, y no rehuyas penas o tedios por ganarte su voluntad. Que te vea y escuche a todas horas, y que noche y día estés presente en su imaginación. Cuando abrigues la absoluta confianza de que sólo piensa en ti, emprendes un viaje para que tu ausencia la llene de inquietud: déjala que descansa; entre los barbechos fructifican abundantes las semillas, y las áridas tierras absorben con avidez el agua de las nubes. Mientras tuvo presente a Demofón, Filida le atestiguó un amor moderado, y es que aquel se hizo a la vela, ésta se sumió en una llama voraz; el cauto Ulises atormentaba a Penélope con su ausencia, y Laodamia languidecía separada de su caro Protésilas; pero no retardes la vuelta, en obsequio a tu seguridad; el tiempo debilita los recuerdos, el ausente cae en el olvido y otro nuevo amante viene a reemplazarlo. En ausencia de Menelao, por no dormir sola, se entregó Helena a las ardientes caricias de su huésped. ¡Qué insensatez la tuya, Menelao, partir solo y dejar bajo el mismo techo a tu esposa con un extranjero! ¡Imbecil!, confías las palomas a las uñas del milano y entregas tu redil al lobo de los montes. No es culpable Helena ni su adúltero amante por hacer lo que tú, lo que otro cualquiera hubiera hecho en su lugar. Tú la indujiste al adulterio proporcionándole el sitio y la ocasión: ella es sólo responsable de seguir tus consejos. ¿Qué había de suceder, con el marido ausente, a su lado un amable extranjero y teniendo que dormir sola en el lecho vacío? Que Menelao piense lo que quiera: yo la absuelvo de responsabilidad; no pecó en aprovecharse de la complacencia de su marido.

Mas ni el feroz jabalí, cuando colérico lanza a rodar por el suelo los perros con sus colmillos fulminantes, ni la leona cuando ofrece las ubres a sus pequeñuelos cachorros, ni la violenta víbora que aplasta el pie del viajero inadvertido, son tan crueles como la mujer que sorprende una rival en el tálamo de su esposo: la rabia del alma se pinta en su faz, el hierro, la llama, todo sirve a su venganza, y depuesto el decoro. se transforma en una bacante atormentada por el dios Aonia. la bárbara Medea vengó con la muerte de sus hijos el delito de Jasón y los derechos conyugales violados. Esa golondrina que vez, fue otra

cruel madrastra: mira su pecho señalado por las manchas sangrientas del crimen. Los celos rompen los más firmes lazos, las uniones venturosas, y el hombre cauto no debe provocarlos jamás. Mi censura no pretende condenarte a que te regocijes con una sola bella; líbreme los dioses; apenas las casadas pueden resistir tal obligación. Diviértete, pero cubre con un velo los hurtos que cometas y nunca te vanaglories de tus felices conquistas. No hagás a la una regalos que la otra pueda reconocer, y cambia de continuo las horas de tus citas amorosas, y para que no te sorprenda la más suspicaz en algún escondite que le sea conocido, no te reúnas con la otra a menudo en el mismo lugar. Cuando le escribas, vuelve a releer de nuevo las tablillas antes de enviárselas: muchas leen en el escrito lo que no dice realmente. Venus, ofendida, prepara con justicia las armas, devuelve los dardos que la hieren y fuerza al combatiente a soportar los males que ha ocasionado. Mientras Agamenón vivió contento con su esposa, ésta se mantuvo fiel, y sólo el ejemplo del marido la obligó a claudicar. Clitemnestra había sabido que Crises, con el ramo de laurel en la mano y en la frente las cintas sagradas, nó logró rescatar a su hija; había oído hablar, ¡oh, Briseida!, del rapto que te causó tan vivos dolores y de los motivos vergonzosos que retrasaron la conclusión de la guerra. Esto lo había oído, pero cuando vio a la hija de Príamos, y al vencedor que volvía sin sonrojo hecho esclavo de su propia cautiva, entonces la hija de Tindaro acogió en su pecho y en su tálamo a Egipto, y vengó con el crimen la infidelidad de su esposo.

Si a pesar de tus preocupaciones, tus furtivas aventuras llegan un día a saberse, aunque sean más claras que la luz, niégalas rotundamente y no te muestres ni más sumiso ni más amable que lo que acostumbras: estas mudanzas son señales de un ánimo culpable; pero no economices tu vigor hasta dejarla satisfecha: la paz se conquista a tal precio y así desarmarás la cólera de Venus. Habrá quien te diga que emplees hierbas nocivas, como la ajedrea o una mezcla de pimienta con semilla de la punzante ortiga, o la del rojo dragón diluida en vino añejo; todas, a mi juicio, son venenosas, y la divinidad venerada en el monte Erix, poblado de bosque, no consiente que con estas drogas se disfruten sus placeres; puedes aprovecharte del blanco bulbo que nos envía la ciudad de Megara y la hierba estimulante que crece en nuestros jardines, con los huevos, la miel del Himeto y los frutos que produce el arrogante pino.

Docta Erato: ¿a qué entretienes en discurrir sobre el arte médico? Corramos por el camino de donde nos hemoa separado. Tú, que obediente a mis consejos ocultabas ayer tus infidelidades, modifica tu conducta y, por orden mía, pregona tus hurtos clandestinos. No culpes mi inconsciencia: la corva nave no obedece siempre al mismo viento, ya la impulsan las bóreas de Tracia, ya el euro; unas veces hincha las velas el cégiro y otras el noto. Mira como el conductor del carro, ora afloja las tendidas riendas, ora reprime con fogsidad la fuerza de los corceles. Sirve mal a muchas una tímida indulgencia, pues su afecto languidece si no lo reanima la sospecha de una rival; se embriaga demasiado con los prósperos sucesos y le cuesta gran trabajo sobrellevarlos con ánimo sereno. Como un fuego ligero, se extingue poco a poco por falta de alimento y desaparece envuelto por la blanca ceniza, mas, con el auxilio del azufre, vuelve a resurgir la llama que despide una blanca claridad; así, cuando el corazón languidece por exceso de seguridad indolente, necesita vivos estímulos que le devuelven la energía. Infúndele agudas sospechas, vuelve a encender de nuevo el fuego apagado y que palidezca con los indicios de tus malos pasos. ¡Oh, cien y mil veces feliz aquel de quien se querella su prenda justamente ofendida!

Apenas la noticia de su infidelidad hiere sus oídos, cae desmayada y pierde al mismo tiempo el color y la voz. ¡Ojalá fuese yo la víctima a quien arrancase furiosa los cabellos y cuyas tiernas mejillas sangrasen destrozadas por sus uñas! ¡Ojalá al verme se deshiciese en llanto y me contemplase con torvas miradas, y aunque quisiera no acertase a vivir un solo momento sin mí! Si me preguntas cuánto tiempo has de conceder el desahogo de la ofendida, te aconsejaré que el menor posible, para que la dilación no avive la fuerza del resentimiento. Apresúrate a estrechar con tus brazos su marmóreo cuello y acoge en tu seno su rostro bañado en lágrimas; cúbre las de besos y enjuágalas con los deleites de Venus; así firmarás las paces y con el rendimiento desarmarás su cólera. Si ella se desatina en extremo y te declara abiertamente la guerra, invítala a las dulzuras del lecho y allí se ablandará, allí depone sus armas la pacífica Concordia, y de allí, créeme, surge pronto el perdón. Las palomas que acaban de reñir, juntan sus picos acariciadores, y se diría que sus arrullos suenan como palabras de ternura.

Al principio, la Naturaleza era una masa confusa y sin orden, donde los astros giraban revueltos, la tierra y el mar; luego el cielo se elevó por encima de la tierra y ésta quedó rodeada por las olas del océano, y del caos tan informe surgieron los diversos elementos: las fieras empezaron a habitar los bosques, el aire se pobló de aves y la morada de los peces fueron las aguas. Entonces el género humano erraba por los desiertos campos, y la fuerza era el don más valioso de sus rudos cuerpos; las selvas les servían de cobijo; las hierbas, de comida; las hojas, de cama, y durante mucho tiempo cada cual vivía desconocido de sus semejantes. Esos instintos feroces fueron apaciguados por la voluptuosidad; la hembra y el macho, reunidos, aprendieron lo que debían hacer sin que nadie se lo enseñara, y Venus no tuvo que recurrir al arte para ver satisfecha su grata misión. El ave ama a su compañera que le llena de gozo; el pez en las aguas, llama a su hembra; la cierva sigue al ciervo, la serpiente se junta también a la serpiente, la perra se entrega al adulterio con el perro, el carnero dirige sus halagos a la oveja, la vaca y el toro se regocijan y las yeguas se sienten furiosas, y por unirse a los potros recorren grandes distancias. Valor, pues; procura emplear remedio tan eficaz en clamar el enfado de tu amada; es el único que curará su acerbo dolor; esta medicina es superior a todos los filtros de Macaón, y si con ella hubieras cometido pecado, de nuevo tendrías su perdida voluntad. Yo cantaba así. Apolo se me aparece de pronto, pulsando con sus dedos la cuerda de la lira de oro, en la mano un ramo de laurel, ceñida por una guirnalda de sus hojas la divina cabellera, y en tono profético me habla de esta suerte: “Maestro del amor jugueteón, guía pronto tus discípulos a mi centro, donde se lee la inscripción conocida en todo el universo que ordena al hombre conocerse a sí mismo: el que se conozca a sí mismo, guiará con sabiduría sus pasos por la difícil senda y jamás intentará empresas que sobrepujen a sus fuerzas. Aquel a quien la Naturaleza dotó de hermosa cara, saque de ella partido; el que se distingue por el calor de la piel, reclínese enseñando los hombros; el que agrada por su trato, evite la monotonía del silencio; cante el hábil cantante, beba el bebedor infatigable; pero el orador impertinente, no interrumpa la conversación con sus discursos ni el poeta versánico se ponga a recitar sus ensayos”. Así habló Febo; obedeced sus mandatos: las palabras del dios merecen la mayor confianza. Vuelvo a mi asunto: el que ame con prudencia y siga los preceptos de mi arte, saldrá victorioso y alcanzará cuanto se proponga. No siempre los surcos devuelven con usura las semillas que se les arroja, ni siempre el viento favorece la ruta de las naves. El amante tropieza en su camino más tedios que satisfacciones, y ha de preparar el ánimo a rudas pruebas. No corren tantas

liebres en el monte Athos, ni vuelan tantas abejas en el Hibla, ni produce tantas olivas el árbol de Palas, ni se ven tantas conchas a orillas del mar, como penas se padecen en las contiendas amorosas: los dardos que nos hieren, están bañados de amarga hiel. Si te dicen que ha salido fuera, aunque la veas andar por casa, cree que ha salido fuera y que tus ojos te engañan. Si te ha prometido una noche y te encuentras la puerta cerrada, llévalo con paciencia y reclina tu cuerpo en el duro suelo. Tal vez alguna criada embustera pregunte con tono insolente: “¿por qué este hombre asedia nuestras puertas?” ¡Ea! dirige a ese intratable bicho frases cariñosas desde la puerta y adórnalos con las rosas que arrancaste a las guirnaldas de tu cabeza. Cuando se digne reciberte, date prisa en complacerla; si se niega, retírate: un hombre discreto, nunca es inoportuno. ¿Quieres que tu amiga pueda exclamar: “No encuentro el modo de despedirle?”. Como no siempre la mujer da pruebas de buen sentido, no consideres torpe acción aguantar las injurias y si es preciso los golpes. y besar tiernamente sus lindos pies.

Mas ¿por qué me detengo en minucias insignificantes? Alcese el ánimo a mayores. Contaré grandes cosas: vulgo de los amantes, préstame dócil atención. El trabajo es arduo, pero no hay esfuerzo sin peligro y el arte que enseño se recrea en las dificultades. Tolera en calma a tu rival y acabarás triunfante en el templo del sumo Jové. Cree mis vaticinios, que no los profieren labios mortales, sino las encinas de Dódona. Mi enseñanza no conoce preceptos más sublimes. ¿Se entiende por señas con tu rival?; sopórtalo indiferente. ¿Le escribe? No te apoderes de tus tablillas, déjala ir y venir por doquiera al tenor de su capricho. Algunos maridos tienen esa complacencia con sus esposas legítimas, sobre todo, cuando el dulce sueño viene a facilitar los engaños: en este punto, lo confieso, yo no he llegado a la perfección. ¿Qué partido tomar? Los consejos que prescribo, rebasan la medida de mis fuerzas. ¿Toleraré que en mis barbas un cualquiera se entienda por gestos con mi amada, sin que estalle el volcán de mi cólera? Recuerdo que cierto día elia recibió un beso de su marido y me quejé amargamente: tan locas eran las exigencias de mi pasión. Este decreto me perjudicó no poco en múltiples ocasiones. Es más ladino el que permite que otros se regodeen de su prenda; pero yo estimo como mejor ignorarlo todo. Déjala que oculte sus trapacerías, no sea que la obligada confesión de su culpa haga huir el rubor de su rostro. Así, jóvenes, no queráis sorprender a vuestras amigas; consentid que os engañen y que os crean convencidos con sus buenas razones. Los amantes cogidos “in fraganti”, se quieren más desde que su suerte es igual, y el uno y el otro se aferran en seguir la conducta que los pierde.

Se cuenta una hazaña bien conocida en todo el Olimpo: la de Venus y Marte sorprendidos por la astucia de Vulcano. El furibundo Marte, poseído de un amor insensato hacia Venus, de guerrero terrible convirtiéndose en sumiso amator, y Venus, ninguna diosa es tan sensible a los ruegos, no se mostró huraña y dificultosa al número de la guerra. ¡Cuántas veces dicen que puso en ridículo la cojera de su marido y las manos callosas de andar entre el fuego y las tenazas! Delante de Marte simulaba la marcha torcida de Vulcano, y en esas burlas realzaba su hermosura con gracia sin igual. Supieron celar bien los primeros deslices, y su trato culpable aparecía lleno de verdadero pudor. Más el Sol, ¿quién puede ocultarse a sus miradas?, el Sol descubrió a Vulcano la infiel conducta de su esposa. ¡Oh, Sol, qué ejemplo diste tan vergonzoso! ¿Por qué no reclamaste el premio de tu silencio, ya que ella tenía que pagarlo? Vulcano urde en torno del lecho una red imperceptible, que desafiaba la vista más eficaz, y simula un viaje a Lemnos. Los amantes llegan a la cita, y

desnudos uno y otro, y les ofrece el espectáculo de los prisioneros. Venus apenas podía contener las lágrimas; en vano intentaba taparse la cara y cubrir con las manos sus partes vergonzosas, y no faltó un chusco que dijese al tremebundo Marte: “Si te pesan esas cadenas, échalas sobre mis hombros”. Obligado por las instancias de Neptuno, se resolvió Vulcano a libertar a los cautivos. Marte se retiró a Tracia y Venus a Pafos. Vulcano, ¿qué ganaste con tu estratagema? Los que antes celaban el delito, hoy obran con completa libertad y sin ningún pudor. Muchas veces habrás de arrepentirte de tu necia insensatez y de haber escuchado los gritos de la cólera. Os prohíbo estas venganzas, como os las prohíbe ejecutar la diosa que fue víctima de tales insidias. No tendáis lazos a vuestro rival ni penetréis los secretos de una misiva cuya letra os sea conocida: dejad esos derechos a los maridos, si estiman que los deben ejercer, pues a ello les autoriza el fuego y el agua de las nupcias. De nuevo os lo aseguro: aquí sólo se trata de placeres consentidos por las leyes y no asociamos a nuestros juegos a ninguna matrona.

¿Quién osará divulgar los profanos misterios de Ceres y los sacros ritos instituidos en Samotracia? Poco mérito encierra guardar silencio en lo que se nos manda, y al contrario, revelar un secreto es culpa hartamente grave. Con justicia, Tántalo, por la indiscreción de su lengua, no alcanza a tocar los frutos del árbol suspendidos sobre su cabeza y se ahoga en medio de las aguas. Citérea, sobre todo, recomienda velar sus misterios: os lo advierto para que ningún charlatán se acerque a su templo. Si los de Venus no se ocultan en las sagradas cestas, si el bronce no repercute con estridentes golpes y todos estamos iniciados en ellas, es a condición de no divulgarlos. La misma Venus, cuántas veces se despoja del vestido, se apresura a cubrir con la mano sus secretas perfecciones. Con frecuencia los rebaños se entregan en medio del campo a los deleites carnales; mas al verlos, la honesta doncella aparta ruborizada la vista. A nuestros hurtos convienen un tálamo oculto y una puerta cerrada, con nuestros vestidos cubrimos vergonzosas desnudeces, y si no buscamos las tinieblas, deseamos una media oscuridad; todo menos la luz radiante del día. En aquellos tiempos en que aún no se habían inventado las tejas que resguardasen del sol y la lluvia, y la encina nos servía de alimento y morada, no a la luz del día, sino en las selvas y los antros, se gozaban los placeres de la voluptuosidad: tanto respetaba el pueblo rudo las leyes del pudor. Mas ahora pregonamos nuestras hazañas nocturnas y nada se paga a tan alto precio como el placer de que las sepa todo el mundo. ¿Vas a reconocer en cualquier sitio a todas las muchachas, para decir a un amigo: “esa que ves fue mía”? Y para que no eches de menos a una que poder señalar, la comprometes para que sea el blanco de murmuraciones de toda la ciudad. Hay hombres que dicen cosas que negarían si hubiesen sucedido, y presumen de que ninguna les ha negado a su favor, y si no manchan los cuerpos, manchan los nombres de mujeres muy honradas.

Anda, pues, vigilante de una mujer, cierra las puertas y échales para más seguridad cien cerrojos. ¿De qué valen esas medidas si la calumnia se ensaña en la honra y el adultero dice lo que nunca ha sucedido? Nosotros, sin embargo, hablamos con disimulo de nuestras conquistas amorosas, y con un velo espeso cubrimos nuestros amores misteriosos. No le echéis en cara nunca los defectos a una joven; para muchos el haberlos disimulado les fue de gran provecho. Aquel que en cada pie llevaba un ala, no reprobó en Andrómaca el color del semblante. Andrómaca tenía una altura tan desmesurada que asombraba a todos, pero Héctor la encontró que no pasaba de regular. Procura habituarte a lo que te parezca mal y lo sobrellevarás con facilidad: la costumbre suaviza muchas cosas y la pasión

primeriza se alborota por poco. Cuando el ramillo injerto se nutre en la verdadera corteza, cae al menor soplo del viento, más al pasar el tiempo se afianza y es capaz de desafiar al huracán, y ya convertida en fuerte rama, enriquece al árbol que la adoptó con frutos exquisitos. Las deformaciones del cuerpo desaparecen un día y lo que creemos defectuoso llega al fin a no parecerlo. Un olfato parco, no soporta el olor que despiden las pieles de toro, pero al paso del tiempo se termina por acostumbrarse sin notarlo.

Embellezcamos con los nombres de las marcas reconocidas: demos el nombre de morena la que tenga el cutis más negro que la pez; si es bizca, digamos que se asemeja a Venus; si es pelirroja, a Minerva; digamos que fina de talle a la que, por su demarcación, parezca más muerta que viva; si es delgada, di que es ligera; si es corpulenta, alaba su exuberancia, y disimula los defectos con los nombres de las bellas cualidades. Jamás preguntes los años que tiene o en qué lugar nació; deja esas preguntas para el rígido censor, y más cuando ya se ha marchitado la flor de su juventud, si su tiempo más floreciente ya ha pasado y ya empieza a blanquearle sus canas entre los cabellos. Mancebos, esta edad u otra cualquiera cuadra a vuestros placeres, y estos campos debéis de cultivar, porque producen la mies en gran abundancia. Mientras que os alienten los pocos años y las fuerzas, aguantad los trabajos, que pronto llegará con menudos pasos la vejez. Con los remos, azotad las olas, labrad la tierra con el arado, coged con brío las sangrientas armas de combate, y entregaos con toda vuestra alma al servicio de las bellas, que, como el de la guerra, os ofrecerá rico botín. Se debe decir que las mujeres de cierta edad son más duchas en sus tratos, su experiencia ayuda mucho a agudizar el ingenio, conoce, con los afeites, la forma de ocultar los estragos del tiempo en sus rostros y a fuerza de disimulos borran las señales de los años. Si lo deseas, de cien modos distintos te ofrecerán las delicias de Venus, tanto que en ninguna pintura encontrarás tal variedad. El deseo surge en ellas sin necesidad de provocarlo, y el varón y la hembra experimentan sensaciones iguales. Detesto esos lazos en que el placer no es recíproco, por eso no me emocionan las caricias de un adolescente, odio a la que se entrega por la necesidad y en el momento del gozo piensa indiferente en el huso y la lana. No me satisfacen los dones dados por la obligación y dispenso a mi amada sus deberes con respecto a mi persona. Me produce placer oír los gritos que delatan sus intensos goces y que me detenga con ruegos para prolongar su voluptuosidad. Siento dicha al contemplar sus desmayados ojos que nubla su pasión y que languidece y se niega insistente a mis caricias.

La Naturaleza no concede estas dichas a los años juveniles, sino a esa edad que comienza después de los siete lustros. Los que se precipitan demasiado, beben el vino reciente; yo quiero que mi tinaja me regale con el añejo que data de los antiguos cónsules. El plátano sólo después de algunos años resiste los ardores del sol, y la hierba recién segada de los prados hiere los desnudos pies. ¡Qué! ¿Osarías anteponer Hermíone a Helena y afirmar que Gorgé valía más que su madre? El que pretenda coger los frutos de Venus, ya maduros, si tiene constancia, alcanzará el debido galardón.

He aquí que recibe a los dos enamorados el lecho confidente de sus cuitas. Musa, no abras la puerta cerrada del dormitorio. Sin tu ayuda las palabras elocuentes brotarán espontáneas de los labios; allí las manos no permanecerán ociosas y los dedos sabrán deslizarse por aquellos lugares donde el amor templea sus flechas ocultamente. Así, en otros días, lo hizo con Andrómaca el valeroso Héctor, cuyo esfuerzo no brillaba sólo en los combates, y así el gran Aquiles con su cautiva Lirneso, cuando cansado de combatir se retiraba a

descansar en el lecho voluptuoso. Tú, Briseida, permitías que te tocasen aquellas manos que aún estaban empapadas con la sangre de los frigios. ¿Acaso no fue esto mismo lo que soliviantaba, viendo orgullosa cómo acariciaba tu cuerpo su diestra vencedora? Créeme, no te afanes en llegar al término de la dicha; demóralo insensiblemente y la alcanzarás completa. Si das en aquel sitio más sensible de la mujer, que un necio pudor no te detenga la mano; entonces notarás cómo sus ojos despiden una luz temblorosa, semejante al rayo del sol que se refleja en las aguas cristalinas; luego vendrán las quejas, los dulcísimos murmullos, los tiernos gemidos y las palabras apropiadas a la situación; pero no permitas que se quede atrás desplegando todas las velas ni consientas que ella se te adelante. Entrad juntos en el puesto. La cúspide del placer se goza cuando los dos amantes caen vencidos al mismo tiempo. Esta es la regla que indico, si puedes disponer de espacio y el miedo no te obliga a apresurar tus robos placenteros; mas si en la tardanza se esconde el riesgo, es preciso bogar a todo remo y clavar el acicate en los ijares del corcel.

Se aproxima el fin de mi obra: jóvenes agradecidos, concededme la palma y rodead mis cabellos perfumados con guirnaldas de mirto. Cuando por su ciencia de curar, Poladirio sobresalía entre los griegos, Pirro por su vigor, Néstor por su elocuencia, Calcas por sus verdaderos vaticinios, Telamón por su destreza en las armas y Automedonte por su destreza para guiar los carros, igual sobresalgo yo en el arte de enamorar. Jóvenes, admirad a vuestro poeta, cantad sus alabanzas y que su nombre vaya en triunfo por la redondez del orbe. Os he dado armas como las que Vulcano dio a Aquiles; él venció con ellas; venced vosotros con las que os puse en las manos, y el que logre el triunfo con mi acero contra una feroz amazona, inscriba sobre su trofeo: “Ovidio fue mi maestro”.

Sin embargo, a su vez, las más tiernas doncellas me ruegan que les dé algunas lecciones, y ése será el tema de mi libro siguiente.

LIBRO TERCERO

A los griegos los armé en contra de las amazonas, y ahora contra ellos debo armar a Penteseilea y a su bella hueste. Id al combate con fuerzas iguales y que venzan los protegidos de la encantadora Venus y el niño que recorre en su vuelo el vasto universo. Que las mujeres luchasen desnudas contra enemigos bien armados, no era justo, y en estas condiciones, si los hombres lograban la victoria, sería una victoria altamente penosa. Quizá alguien puede que exclame: ¿Por qué das ponzoña a la víbora y entregas el rebaño a la loba furiosa?”. Contesto que es injusto hacer llegar a todas las culpas de unas cuantas, que cada cual debe ser juzgada de acuerdo con sus méritos propios. Si Menelao se queja con motivo de Helena, con mucha más razón Agamenón puede acusar a Clitmenestra, la hermana de Helena, si por maldad de Erífyle, la hija de Halaión, Anfiarao descendió vivo a los infiernos sobre sus briosos corceles, tenemos a Penólope casta y fiel a su marido en los dos lustros de la guerra de Troya y en los otros dos que anduvo errante por los mares. Acuérdate de Laodamia, que acabó sus días en la flor de la edad por unirse a su esposo en la tumba, y de Alcestes, que redimió de la muerte a su marido, Admeto, con el sacrificio de la propia vida. “Recíbeme, Capaneo, y que nuestras cenizas se confundan”, clama la hija de Ifis, y en seguida se lanza en medio de la hoguera.

La virtud es femenina por el traje y el nombre; ¿qué tiene de extraño que favorezca su sexo? Pero mi arte no pretende alentar almas grandes; a mi humilde bajel convienen velas más reducidas. Con mis lecciones aprenderás amores fáciles y te enseñaré el modo de conseguir tus propósitos. La mujer no sabe resistir las llamas y las flechas crueles de Cupido; flechas que, a mi juicio, hieren menos hondas en el corazón del hombre. Este engaña muchas veces, las tiernas muchachas, si las estudias, verás muy pocas que son pérfidas. El falso Jasón abandonó a Medea ya hecha madre, y bien pronto buscó otra desposada que ocupase su lecho. Teseo, ¡cuánto temió por tu causa Ariadna servir de pasto a las aves marinas, abandonada en el desierto litoral! Pregunta por qué Filis corrió nueve veces a la playa y oirás que, dolidos de su infortunio, los árboles se despojaron de su cabellera. Eneas goza de fama de piadoso, y, no obstante, Elisa, en premio de la hospitalidad, te dejó la espada y la desesperación, instrumentos de tu muerte. Voy a manifestaros lo que causó vuestra ruina: no supisteis amar, os faltó el arte sí, el arte que perpetúa el amor. Hoy también lo ignoraríais, mas Citérea me ordenó enseñároslo, deteniéndose delante de mí diciéndome: ¿Qué mal te han hecho las infelices mujeres, que, las entregas como desvalido rebaño a los jóvenes armados por ti? Tus dos cantos primeros los adocrinaron en las reglas del arte, y el bello sexo reclama a la vez los consejos de tu experiencia. El poeta que llenó de oprobios a la esposa de Menelao, mejor aconsejado, cantó después sus alabanzas. Si te conozco bien, te creo incapaz de ofender a las bellas, y mientras vivas esperan de ti el mismo proceder.

Dijo, y de la corona de mirto que ceñía sus cabellos, arrancó una hoja y varios granos y me los regaló. Apenas recibidos sentí la influencia de un numen divino, la luz brilló más pura a mis ojos y el pecho quedó aliviado de su carga abrumadora. Puesto que me alienta el ingenio, aprended, lindas muchachas, los preceptos que me permiten daros el pudor, las leyes y vuestro propio interés. Tened presente que la vejez se aproxima ligera y no perderéis un instante de dicha. Ya que se os consiente por frisar en los años primaverales, no malgastéis el tiempo, pues los días pasan como las ondas de un río, y ni la onda que pasa vuelve hacia su fuente, ni la hora perdida puede tampoco ser recuperada. Aprovecharos de la juvenil edad que se desliza silenciosa, porque la siguiente será menos feliz que la primera. Yo he visto florecer las violetas en medio del matorral, y recogí las flores de mi corona entre los abrojos de la maleza. Pronto llegará el día en que, ya vieja, tú, que hoy rechazas al amante, pases muerta de frío las noches solitarias, y ni los pretendientes rivales quebrantarán tu puerta con sus riñas nocturnas, ni al amanecer hallarás las rosas esparcidas en tu umbral. ¡Desgraciado de mí! ¡Cuán presto las arrugas afean el semblante y desaparece el color sonrosado que pinta las mejillas! Esas canas que juras tener desde la niñez, se aprestan a blanquear súbitamente toda tu cabeza. La serpiente se rejuvenece cambiando toda su piel, lo mismo que el ciervo despojándose de su cornamenta; a nosotros nada nos compensa de las dotes perdidas. Apresúrate a coger la rosa; pues si tú no la coges, caerá torpemente marchita.

Añádase a esto que los partos abrevian la juventud, como a fuerza de producir se esterilizan los campos. Luna, no te ruborices de visitar a Endimión en el monte Latmos; diosa de los dedos de púrpura, no te avergüences de Céfalos, y por no hablar de ti, Adonis, a quién Venus llora desolada, ¿no se debió al amor el nacimiento de Eneas y Harmonia? Imitad, jóvenes mortales, el ejemplo de las diosas, y no neguéis los placeres que solicitan vuestros ardientes adoradores. Si os engañan, ¿qué perdéis? Todos vuestros etractivos

quedan incólumes y en nada desmerecéis, aunque os arranquen mil condescendencias. El hierro y el pedernal se desgastan con el uso; aquella parte de vosotras resiste todo y no tiene que temer ningún daño. ¿Pierde una antorcha su luz por prestarla a otra? ¿Quién os impedirá que toméis agua en la vasta extensión del mar? Sin embargo, afirmas que no es decoroso que la mujer se entregue así al varón, y yo te pido que me respondas: ¿qué pierdes sino el agua que puedes tomar en cualquier fuente?

No pretendo que os prostituyáis, sino libraros de vanos temores; vuestras dádivas no os han de empobrecer. Que el suave soplo de la brisa me ayude a salir del puerto; después, en alta mar, volaré al impulso de los vientos más impetuosos. Empezaré por los artificios del adorno. A un excelente cultivo son deudas las viñas de su fecundidad, y las espigas del grano que en abundancia producen. La hermosura es un don del cielo más cuán pocas se enorgullecen en poseerlo; la mayor parte de vosotras está privada de tan rica dote, pero los afeites dan hermosura al semblante, que desmerece mucho si se trata con descuido, aunque se asemeje en lo seductor al de la diosa Idalia. Si las mujeres de la antigüedad no gastaban su tiempo en el aderezo personal, tampoco los esposos con quienes trataban se distinguían por el aseo. Andrómaca vestía una túnica suelta. ¿De qué maravillarse? Era la esposa de un rudo soldado. ¿Había de presentarse cargada de adornos la cónyuge de Ajax, a este héroe que cubría su cuerpo con un escudo de siete pieles de toro? Antes imperaba una rústica sencillez, mas hoy Roma brilla con las espléndidas riquezas del orbe que ha sometido. Considera lo que fue antiguamente el actual Capitolio y creerás que es otro el Júpiter que hoy veneramos. Esa curia donde se reúnen los dignísimos senadores, en el reinado de Tacio, era una humilde cabaña. Donde ahora deslumbra el suntuoso templo consagrado a Febo y nuestros insignes caudillos, existía un prado en que se apacentaban los bueyes. Que otros prefieran lo antiguo, yo me conformo con haber nacido en una época que se acomoda a mis gustos; no porque hoy se explota el oro oculto en el seno de la tierra y las playas remotas nos envíen la concha de púrpura; no porque decrece la altura de los montes, a fuerza de extraer sus mármoles, ni porque se rechazan de la costa las cerúleas olas con los muelles prolongados, sino porque domina el adorno y no ha llegado hasta nosotros la rusticidad primitiva que heredamos de nuestros abuelos. Mas vosotras no abruméis las orejas con esas perlas de alto precio que el indio tostado recoge de las verdes aguas; no os mováis con dificultad por el peso de los recamados de oro que luzcan vuestros vestidos; el fausto con que pretendéis subyugarnos, tal vez nos ahuyenta y nos cautiva el aseo pulcro y los cabellos bien peinados, cuya mayor o menor gracia depende de las manos que se ejercitan en tal faena. Hay mil modos de disponerlo; escoja cada cual el que le siente mejor y consulte con el espejo. Un rostro ovalado reclama que le caiga sobre la frente: así lo usaba Laodamia; las caras redondas prefieren recogerlo en nudo sobre la cabeza y lucir al descubierto las orejas: los cabellos de la una, caigan tendidos por la espalda, como los del canoro Febo en el momento de pulsar la lira; la otra, líguelos en trenzas, como Diana, cuando persigue en el bosque las fieras espantadas. A ésta cae lindamente un peinado hueco y vaporoso; la otra gusta más llevándolo aplastado sobre las sienes; la una se complace en sujetarlo con la peineta de concha; la otra lo agita como las olas ondulantes; pero ni contarás nunca las bellotas de la espesa encina, ni las abejas del Hibla, ni las fieras que rugen en los Alpes, ni yo me siento capaz de explicar tantas modas diferentes, número que aumenta a medida que los días transcurren. A muchas de singular gracia el descuido indolente cree que se peinó ayer tarde, y sale ahora mismo del tocador. Que el arte finja la casualidad; así vio Alcides a Jole en la ciudad que tomaba por asalto y

dijo al instante: “La amo”; y tal aparecía Ariadna, abandonada en las playas de Naxos, cuando Baco la arrebató en su carro entre los gritos de los sátiros, que clamaban: “Evoé”. ¡Qué indulgencia tiene la Naturaleza con vuestros hechizos y cuántos medios os brinda para ocultar los defectos! Nosotros los disimulamos bastante mal, y con la edad huye nuestros cabellos, como las hojas del árbol sacudidas por el bóreas. La mujer, cuando encanecen los suyos, los tiñe con las hierbas de Germania, y adquieren un color más hermoso que el natural; la mujer se nos presenta con abundantísimos cabellos gracias a su dinero y de ajenos convertidos en propios, sin avergonzarse de comprarlos en púbiico, a la faz del mismo Hércules y del coro de las musas.

¿Qué puedo decir de los vestidos? No quiero ocuparme de los bordados ni de la lana dos veces teñida en la púrpura de Tiro. Pudiendo usar otros colores de precio menos elevado, ¿qué furor os induce a gastar en el traje todas vuestras rentas? Ved el color azulado de la atmósfera transparente y limpia de las nubes lluviosas que impele el viento de mediodía o el otro semejante al del carnero que salvó a Frixo y Helle de las astucias de Ino: este vérdé recibe el nombre de verdemar, porque imita sus ondas y creo que así son los vestidos con que se atavían las ninfas; aquél se asemeja al azafrán, color de la túnica de la Aurora, que esparciendo rocío, apareja en su carro los brillantes corceles: aquí véis el mirto de Pafos y de las purpúreas amatistas, el de la rosa encarnada y del plumaje de la grulla de Tracia. Por otra parte, tampoco falta, Amarilis, el color de tus castañas, de las almendras y de la estofa a que la cera ha dado su nombre.

Cuantas flores produce de nuevo la tierra a la llegada de la primavera, en que brotan las yemas de la vid sin temor del perezoso invierno, tantas y más variadas tinturas admite la lana; elige con cierto, pues el mismo color no conviene por igual a todas las personas.

El negro dice bien a las mujeres blancas como la nieve, a Briseida sentaba admirablemente; cuando fue arrebatada vestía de negro. El blanco va mejor a las morenas; Andrómeda lo prefería, y vestida de este color descendió a la isla de Serifo. Casi me disponía a advertiros que neutralizáseis el olor a chotuno que despiden los sobacos y pusiérais gran solicitud en limpiaros el vello de las piernas; mas no dirijo mis advertencias a las rudas montañesas del Cáucaso, ni a las que beben las aguas del Caico de Miscia. ¿A qué recomendaros que no dejéis ennegrecer el esmalte de los dientes y que por la mañana os lavéis la boca con agua fresca? No ignoráis que el albayalde presta blancura a la piel y que el carmín empleado con arte suple en la tez el color de la sangre. Con el arte completáis las cejas no bien definidas, y con los cosméticos veláis las señales que imprime la edad. No temáis aumentar el brillo de los ojos con una ceniza fina o con el azafrán que crece en tus riberas, ¡oh transparente Cidno! Yo he compuesto un libro sobre el modo de reparar los estragos de la belleza, de pocas páginas, pero donde hallaréis mucha doctrina. Buscad allí los cosméticos de que tienen necesidad las feas: en mi arte aprenderéis muy útiles consejos, si evitáis que el amante vea expuestos sobre la mesa vuestros frascos: el arte sólo mejora el rostro cuando se disimula. ¿A quién no causan disgusto los mejunjes con que os embadurnáis la cara, que por su propio peso resbalan hasta vuestro seno? ¿A quién no apesta la grasa que nos envían desde Atenas, extraída de los vellones sucios de la oveja? Repruebo que en presencia de testigos uséis la medula del ciervo u os restreguéis los dientes: estas operaciones aumentan la belleza, pero resultan desagradables a la vista. Muchas cosas que son repulsivas al hacerlas, nos agradan una vez hechas. Las magníficas estatuas cinceladas por el laborioso Mirón, antes de labrarse fueron bloques sin forma de

pesado mármol. Para hacer un anillo, primero se bate el oro, y de la sórdida lana se tejen las vestiduras que os cubren; la que era una tosca piedra, hoy se ha convertido en noble escultura, y es Venus que sale desnuda de las olas, destilando el liquido humor de su cabellera. Imaginemos que te hallas durmiendo mientras te arreglas tu tocado, y no aparezcan a nuestros ojos hasta después de darte la última mano. ¿Por qué he de descubrir el afeite que blanquea tu tez? Cierra la puerta de tu dormitorio y no dejes ver tu compostura todavía imperfecta. Conviene a los hombres ignorar muchas cosas: la mayor parte les causaría repulsión si no se sustrajeran de su vista. ¿Ves los áureos adornos que resplandecen en la escena de los teatros?, pues son hojas delgadas de metal que recubren la madera, y no se permite a los espectadores acercarse a ellos sin estar acabados. Así, no preparéis vuestros encantos ficticios en presencia de varones; mas no os prohibo ofrecer a la peinadora los hermosos cabellos, porque así los veo flotar sobre vuestras espaldas; os aconsejo, eso sí, que no eternicéis esta operación ni retoquéis cien veces los lindos bucles y que la peinadora no tema vuestro furor. Odio a la que le clava las uñas en la cara y le pincha con la aguja en el brazo, obligándola a maldecir la cabeza de su señora que tiene entre sus manos, y a manchar de lágrimas y sangre sus cabellos aborrecidos. La que esté medio calva, ponga un guardia a la puerta o vaya a componerse al templo de la diosa Bona.

Un día se anunció mi súbita llegada a cierta joven, y en su turbación se puso al revés la cabellera postiza. Que tan vergonzoso accidente no ocurra más que a mis enemigos y caiga sólo tal deshonor sobre las hijas de los partos: Es repulsivo un animal mutilado, un campo sin verdor, un árbol desprovisto de hojas y una cabeza sin cabello. No vienen a oír mis lecciones Semele, o Leda, o Europa, la que atravesó el mar a espaldas de un falso toro; ni Helena, a quien tú, Menelao, reclamas con tanta razón, y a quien tú, raptor troyano, haces bien en retener. La turbamulta que oye mis palabras se compone de mujeres feas y hermosas; estas últimas abundan menos que aquéllas, y se preocupan poco de los preceptos y recursos del arte; gozan el privilegio de la beldad, que por sí sola ejerce un dominio avasallador. Cuando el mar duerme tranquilo, el piloto descansa con seguridad: pero si las olas se encrespan, no deja un momento el timón. Cierto que son pocas las caras sin defectos; atiende a disimularlos, y, a ser te posible, también las marcas del cuerpo. Si eres de corta estatura, siéntate, no crean que estás sentada hallándote de pie; si diminuta, extiende tus miembros a lo largo del lecho, y para que no puedan medirte viéndote tendida, oculta los pies con un traje cualquiera. La que sea en extremo delgada, vístase con estofas burdas y que un amplio manto descienda por sus espaldas; la pálida, tiña su piel con el rojo de la púrpura, y remédiese la morena con la sustancia extraída al pez de Faros. El pie deforme, ocúltese bajo un calzado blanco, y una pierna desmedrada, manténgase firme, sujeta por varios lazos. Disimula las espaldas desiguales con pequeños cojines y adorna con un bando el pecho demasiado saliente. Acompaña con pocos gestos la conversación, si tienes gruesos los dedos y toscas las uñas; y a la que le huele la boca, le recomiendo que no hable nunca en ayunas y siempre a regular distancia del que la oye. Si tienes los dientes negros, desmesurados o mal puestos, la risa te favorecerá muy poco. ¿Quién lo creerá? Las jóvenes aprenden el arte de reír, que presta gran auxilio a la beldad; entreabre ligeramente la boca, de modo que dos lindos hoyuelos se marquen en tus mejillas y el labio inferior oculte la extremidad de los dientes superiores. Evita las risas continuas y que suenen en nuestros oídos las tuyas con un no sé qué de dulce y femenino que los halague. Ciertas mujeres tuercen la boca al reír; otras dan suelta a la alegría con

muecas horribles en la boca; algunas dan tales risotadas que diríase que lloran o lastiman los oídos con estrépito tan bronco y desagradable como el rebuzno de la borrica que da vueltas a la piedra de moler. ¿En dónde no imperan las reglas del arte? Aprenden a llorar con gracia, a llorar cuando quieren y del modo que les conviene.

¿Qué diré de las que se comen las letras indispensables a la inteligencia de las palabras y obligan a su lengua a pronunciarlas tartamudeando? El vicio de estropear las voces lo toman a gracia y se ingenian en hablar menos bien de lo que podrían. Estudiad estas pequeñeces, que os aprovechará conocerlas. Aprended a andar como os favorezca más: en el movimiento de los pies hay gracias inestimables que atraen o alejan a los pretendientes. Esta mueve con intención las caderas, dejando flotar la túnica a capricho del viento y avanza el pie con actitud majestuosa; aquélla, como la cónyuge rubicunda del habitante de Umbría, en su marcha abre las piernas y da pasos desmesurados. En estos detalles, como en otras mil cosas, guárdese un término medio. Os chocará la ordinariez en los pasos de la una y en los de la otra, el excesivo abandono. Realizarás grandes conquistas si dejas al descubierto la extremidad de la espalda y la parte superior del brazo izquierdo, descuido que favorece mucho a las blancas como la nieve; yo, ante tales hechizos, quisiera en mi arrebató cubrir de besos lo que devoran mis ojos.

Las sirenas eran unos monstruos marinos que detenían las naves con su voz encantadora; apenas Ulises oyó sus cantos, estuvo a punto de romper los lazos que le sujetaban, mientras que sus compañeros, con la cera puesta en los oídos, desconocían el peligro. El canto es cosa muy seductora: muchachas, aprended a cantar; considerad que no pocas, con la dulzura de la voz, consiguieron que se olvidase su fealdad, y repetid ora las canciones que oísteis en los suntuosos teatros, ora los temas ligeros compuestos con el ritmo de Egipto. La mujer aleccionada por mis avisos sepa manejar el plectro con la derecha, y con la izquierda sostener la cítara. Orfeo, el de Tracia, movió las rocas y las fieras, el lago de Tártaro y el Cancerbero de tres cabezas; y tú, Anfión, justísimo vengador de la afrenta de tu madre, ¿no viste, a los acentos divinos de tu voz, obedecer las piedras que alzaron los muros de Tebas? Es harto conocida la fábula de Arión: un pez, aunque mudo, se mostró conmovido por su canto. Aprende así a tocar con las dos manos las cuerdas del salterio, cuya música despierta las efusiones amorosas. Séante conocidas las poesías de Calímaco, las del cantor de Cos, las del viejo de Teos, tan amante del vino, y no olvides las de Safo, poetisa en extremo voluptuosa, ni las comedias del que nos representa un padre burlado por las astucias del siervo Geta, y puedes leer además los versos del apasionado Propercio, sin excluir los mejores trozos de Galo, del dulce Tibulo o el poema que compuso Varrón sobre el Vellochino de Oro, ¡oh, Frixo!, tan funesto a tu hermana y al cantor del fugitivo Eneas, que echó los cimientos de la soberbia Ronia, obra maestra con la cual ninguna se atreve a competir. Y acaso mi nombre se mezcle con los de tan egregios poetas, librando mis escritos de las aguas del Leteo, y tal vez alguno dirá: “Lee los elegantes versos del maestro que ha instruido igual a los dos sexos, y de los tres libros que tituló “Los Amores” escoge el que hayas de recitar con voz suave y conmovedora, o declama en tono elevado una de sus heroínas, género desconocido, del cual se tiene por inventor”. Así acceden a mis votos Febo, Baco, el de los cuernos en la frente, y las nueve hermanas, diosas propicias de los poetas.

¿Quién dudará que exijo a una hermosa que sepa la danza y que, dejando la copa del festín, mueve los torneados brazos al compás de la música? Se aplaude con estrépito a las

que saben cimbrear las caderas en los espectáculos teatrales: tanta seducción encierra su movilidad sugestiva. Casi me sonroja detenerme en estas minucias, pero quiero que las jóvenes sean hábiles en echar los dados y calcular la fuerza con que los arroja a la mesa, y ya sepan sacar el número tres, ya adivinar con viva penetración el lado que se ha de evitar y el que se les demanda; que discurren, si juegan al ajedrez, y comprendan que un peón no puede resistir a dos enemigos; que el rey, cuando pelea sin ayuda de la reina, se expone a caer prisionero, y que el contrario tiene que volver a menudo sobre sus pasos. Si diviertes las horas jugando a la pelota con ancha raqueta, no toques más que la que debes lanzar. Hay otro juego que divide una superficie en tantos cuadrillos como meses tiene el año; sobre la pequeña mesa se ponen tres piedras en cada uno de los lados, y vence quien los coloca en la misma línea. Aprende estos juegos tan divertidos; es de mal tono que una joven los desconozca, y muchas veces jugando suele brotar el amor. No requiere gran talento el aprenderlos a la perfección, pero más difícil es al jugador aparecer dueño de sí mismo. A veces, por falta de prudencia la pasión nos arrebatada, y un accidente cualquiera deja ver nuestro carácter al desnudo; estalla la cólera, siempre aborrecible, el afán de lucro suscita cuestiones y produce quejas amargas, se apostrofan las contendientes unos a otros, el aire resuena con los clamores, y cada cual invoca en su favor a los dioses irritados, piérdese la confianza entre los que juegan y piden que se cambien los tableros; hasta muchas veces noté que las lágrimas humedecían sus mejillas. Que Júpiter preserve de tales torpezas a la que quiere parecer agradable.

Esos son los juegos que os permite la debilidad de vuestro sexo los hombres se ejercitan en otros más esforzados, como el de la pelota, el dardo, el aro de hierro, las armas y el manejo de las riendas que obligan a caracolear al caballo. No tenéis cabida en el campo de Marte, ni acudís a nadar en las aguas heladas de la fuente Virginal o en las plácidas ondas del Tiber; en cambio, se os consiente, y os resultará de provecho, pasear a la sombra del pórtico de Pompeyo, así que los ardientes corceles del Sol llegan al signo de la Virgen, o visitar el suntuoso palacio consagrado a Febo, que ganó sus laureles y sumergiendo en el abismo las naves egipcíacas, y los monumentos que alzaron la esposa y la hermana de Augusto con su yerno ceñido por la corona naval. Visitad también las aras donde se quema el incienso en honor de la vaca de Menfis y los tres teatros ocupando los sitios más visibles. Acudid a la arena del circo, húmeda todavía con la tibia sangre, y fijaros en la ardiente rueda que pasa a ras de la meta. Lo oculto permanece ignorado, y nadie desea lo que no ve. ¿Qué partido sacarás de tu hermosura si ninguno la contempla? Aunque superes en el canto a Tamiris y Anebea, no conseguirá el aplauso tu lira desconocida. Si Apeles, el de Cos, no hubiese pintado a Venus, aún yacería ésta sepultada en el fondo de las aguas. Los poetas sagrados, ¿que piden a los dioses sino la fama? Este es el galardón que esperan de sus trabajos. En otros tiempos, los poetas eran amados de héroes y reyes, y los antiguos coros alcanzaban magníficos premios: el título de poeta infundía veneración como el de la majestad, y con el honor se le prodigaban cuantiosas riquezas. Ennio, nacido en el monte de Calabria, mereció juntar sus cenizas a las del gran Escipión; mas al presente las coronas de hiedra yacen sin honor y los frutos de las vigilias laboriosas de las musas, se desprecian como productos de la holgazanería.

A pesar de ello, aspiramos con tesón a la fama. ¿Quién conocería a Homero si no sacase a la luz la Ilíada, su poema inmortal? ¿Quién tendría noticias de Danae, si, siempre oculta, hubiera llegado a la vejez encerrada en la torre?

Jóvenes hermosas, os será de gran utilidad de cuando en cuando confundiros con la turba y dirigir los inciertos pasos lejos de vuestra morada. El lobo asedia muchas ovejas para sorprender a una y el ave de Júpiter persigue a muchos pájaros; así la mujer hermosa ofrézcase a las miradas del pueblo; entre tantos no dejará de encontrar uno a quien sorprenda. Véasela en todas partes, deseosa de agradar y ponga los cinco sentidos en aquello que contribuya al realce de sus prendas. Por doquiera reina el azar; ten siempre dispuesto el anzuelo, y el pez acudirá a morderlo donde y cuando menos te lo figures. Mil veces los perros olfatean en vano los escondrijos de la selva, y el ciervo viene a caer en las redes sin que lo acose ninguno. ¿Quién menos que Andrómeda, sujeta a una roca, podía esperar que sus lágrimas moviesen la compasión de nadie? Tampoco es raro en el funeral de un esposo encontrar al sucesor, y entonces nada sienta mejor a la mujer como caminar con el cabello en desorden y dar rienda libre al llanto: pero huya más que de la peste de esos mozos que se pagan de su gallardía y elegancia y temen descomponer el artificio de sus cabezas. Lo que dicen ya lo dijeron antes a otras mil, y sin norte fijo corren de acá para allá. ¿Qué hará una mujer con un mozalbete más afeminado que ella, y que acaso sostenga tratos con mayor número de amantes? Apenas me creeréis, y sin embargo debéis hacerlo. Troya permanecería en pie si hubiese aprovechado los consejos de su rey Príamo. Algunos se insinúan con los agasajos de un falso rendimiento, y por tales medios aspiran a ganancias deshonorosas. No os seduzca su cabellera perfumada de líquido nardo, ni el estrecho ceñidor que sujeta los pliegues de su túnica, ni la toga de hilo fino, ni la multitud de anillos que casi les cubren los dedos. Acaso el más elegante de éstos sea un ratero que se encienda en el deseo de apoderarse de vuestros ricos vestidos. “Vuélveme lo mío”, gritan a todas horas las muchachas despojadas, y el foro resuena en repetidas exclamaciones: “Vuélveme lo mío.”

Desde sus templos rutilantes de oro, Venus y la diosa de la vía Appia oyen sin inmutarse tales querellas. Entre estos sujetos hay algunos de fama tan vil que la mujer engañada por ellos merece entrar en la parte de su aprobio. Aprended en las quejas de otras a temer vuestro daño, y no abráis nunca las puertas a un falaz seductor. Hijas de Cecrops, no fiéis en los juramentos de Teseo; lo que hizo antes lo hará mañana, poniendo a los dioses por testigos de su perjurio. Y tú, Demofón, que heredaste la perfidia de Teseo, ¿qué confianza mereces después de haber engañado a Filis? Si os dan buenas promesas, pagad en la misma moneda; si las cumplen, no rehuséis vuestros favores. Sería capaz de extinguir el fuego, siempre encendido, de Vesta, arrebatando los objetos del culto en el templo de la hija de Inaco y brindar a su esposo el acónito mezclado en la infusión de cicuta, la que después de aceptar regalos del amante le niega la satisfacción de Venus.

Pero ya he ido harto lejos; musa, refrena los corceles y evita que, en su impetuosidad, se desboquen. Si tu amante sondea el vado con las frases que escribió en las tablillas de abeto, encarga a una cauta sirvienta recoger sus misivas, reflexiona al leerlas, y colige de su propia confesión si es fingida o nace de un alma realmente enamorada. Contéstale tras breve demora: el retraso, como no se prolongue mucho, agujonea al amor. Ni te muestres demasiado asequible al que te solicita ni te niegues a sus pretensiones con demasiada dureza; condúctete de modo que tema y espere a la vez, y a cada repulsa crezcan las esperanzas el temor disminuya. Redacta las contestaciones en estilo sencillo y natural: el lenguaje corriente es el que mejor impresiona. ¡Cuántas veces una carta bien escrita produjo el incendio de un corazón vacilante y, al contrario, un lenguaje bárbaro echó por

tierra el influjo de la beldad!. Mas puesto que renuncian vuestras frentes al honor de las sagradas cintas, y a toda costa os proponéis engañar a vuestros maridos, entregad las tablillas a la criada o al siervo más redomado, y no confiéis tan caras prendas a un amante novicio. Yo he visto mujeres, pálidas de terror por tal imprudencia, pasar su mísera vida en continua esclavitud. Es pérfido de veras el que se reserva pruebas semejantes, pero tiene en su poder armas tan terribles como los rayos del Etna. En mi sentir, debe rechazarse el fraude con el fraude, y las leyes nos permiten ofender a los que nos acometen armados. Procurad que vuestra mano se ejercite en trazar diferentes formas de letra. ¡Ah!, perezcan los traidores que me obligan a tales consejos. No es prudente responder en las tablillas, sino después de borrar los signos anteriores, por que la escritura no denuncie dos escritura distintas. Las misivas al amante han de parecer dirigidas a una amiga, y en sus frases el pronombre él debe sustituirse por ella.

Y es hora de renunciar a pequeñeces; tratemos asuntos de mayor importancia, desplegando al viento todas las velas. El refrenar las violencias del carácter favorece los atractivos físicos, ingenua paz conviene a los hombres, la cólera brutal a las fieras. La cólera deforma los rasgos del semblante, hincha las venas de sangre y enciende los ojos con las siniestras miradas de las gorgonas. “¡Lejos de mí, flauta; no te estimo en tanto!”, dijo Palas, viendo en los cristales del río sus mejillas desfiguradas. Vosotras, si en los arrebatos de la furia os miráis al espejo, apenas habrá quien reconozca su propia cara. Tampoco la hagáis antipática con humos de soberbia; el amor se alimenta de dulcísimas miradas. Creed en mi experiencia: el desdén orgulloso es aborrecible, y un aspecto altanero lleva consigo los gérmenes del odio. Mirad al que os contempla, sonreid afectuosas al que se sonríe, y a sus gestos responded con señales de inteligencia; así, tras los preludios, el niño vendado renuncia a los dardos inocentes y prueba las flechas más agudas de su aljaba.

También aborrecemos a las melancólicas. Ame Ajax enhorabuena a Tecmesa; nosotros, turba regocijada, nos dejamos vencer por mujeres de genio alegre. Nunca hubiera yo rogado a Andrómaca ni a Tecmasa que una y otra me dispensasen su íntima amistad, y hasta me resistía a creer, si los hijos no lo atestiguasen, que se ofrecieron en el tálamo a sus respectivos esposos. La compañera sombría de Ajax, ¿pudo decirle nunca “luz de mi vida”, ni esas frases que tanto nos seducen? ¿Quién me prohibirá aplicar el ejemplo de las grandes a las cosas menores, y compararlas a las disposiciones de un hábil caudillo? El jefe experto entrega a un oficial el mando de cien infantes, a otro, un escuadrón de caballos; al tercero, la defensa de las águilas; vosotras, del mismo modo, examinad para qué sirve cada uno de nosotros, y dadnos el empleo que nos corresponda. Pedid al rico valiosos presentes, y no rechazéis al jurisconsulto que con su elocuencia defiende vuestra causa. Los que componemos versos, solamente versos podemos enviar, pero sabemos amar como ninguno y cubrimos de gloria el nombre de la que supo conquistarnos. Grande es la fama de Némesis, y no menor la de Cintía; a Lícoris se la conoce desde el occidente hasta las regiones de la Aurora, y son muchos los que desean saber quién se oculta bajo el nombre de Corina. Además, la perfidia es aborrecida por los hijos de Apolo, y el arte que cultivan dulcifica sus costumbres. No nos dejamos sobornar por la ambición o la sórdida codicia y, amantes del reposo y de la sombra, despreciamos los pleitos del foro. Se nos vence con frialdad, nos encendemos con el fuego más vivo y sabemos amar con extrema buena fe: la dulzura del arte suaviza el temperamento rudo, y nuestros hábitos se conforman con la inclinación al estudio. Muchachas, sed complacientes con los vates de

Aonia: el númen les inspira, las musas les conceden su favor, un dios vive en ellos, traban relaciones con el cielo y de la bóveda celeste desciende sobre sus cabezas el genio creador. Es un crimen exigir el cobro del placer a los doctos vates; pero, ¡ay de mí!, éste es un crimen que ninguna teme perpetrar.

Valeos del disimulo, encubrir por algún tiempo vuestra codicia; si no, el amante novel escapará pronto a la vista de las redes: el hábil jinete no gobierna lo mismo el potro que las riendas acaban de someter que al acostumbrado a tascar el freno. No te has de conducir de igual modo para dominar a un mancebo en la flor de la juventud que a un hombre cuya razón han madurado los años. Aquel campeón bisoño que ejercita sus primeras armas en la milicia del amor, y presa recientemente caída en los lazos de tu tálamo, no debe conocer otra que tú, ni separarse un momento de ti; es una débil planta que se ha de rasguardar con alta cerca, teme a las rivales, vencerás mientras seas la única: el imperio de Venus y el de los reyes no consienten división; éste, como soldado viejo, amará sin despeñarse, usará de cautela y conllevará prudentemente lo que un novicio no sabe soportar. No romperá ni intentará incendiar la puerta, ni te clavará las uñas en las tiernas mejillas, ni desgarrará su túnica ni la tuya, ni serán motivo de llanto los cabellos que te arranque: tales excesos son propios de un jovenzuelo en el arrebató de la pasión y la edad. El hombre ya hecho aguanta resignado los golpes crueles, se enciende en fuego más lento, como la leña húmeda todavía o el ramaje recién cortado en la selva del monte; su amor es más seguro; el del otro más vivo y pasajero, coge con presteza el fruto que se te escapa de la mano.

Que todo se rinda de golpe, que las puertas se abran al enemigo y se crea seguro en medio de la traición; lo que se alcanza de modo tan fácil no alienta a la perseverancia, y de cuando en cuando precisa mezclar la repulsa a la condescendencia; que no traspase los umbrales, que llame cruel a la puerta y ya ruegue sumiso, ya amenace colérico. No disgusta lo dulce y renovamos el apetito con jugos amargos. Más de una vez perdió a la barca el tiempo favorable; por esta razón no aman los maridos a sus mujeres, porque disponen de ellas como les place. Cierra la puerta y que el encargado de vigilarla le diga con tono adusto: “No se puede pasar”; la prohibición exaltará sus deseos. Arrojad, ya es tiempo, las armas embotadas y sustituidlas por otras más agudas; aunque temo se vuelvan contra mí los dardos de que os he provisto. Cuando caiga en el lazo el amante novel, será de gran efecto que al principio se crea único poseedor de tu tálamo, mas luego mortifícale con un rival que le robe parte de su conquista: la pasión languidece si le faltan estos estímulos. El potro generoso vuela por la arena del circo viendo a los otros que se le adelantan o se quedan atrás. Cualquier dosis de celos resucita el fuego extinguido; yo mismo, lo confieso, no sé amar sino me ofenden; pero cuida no se patentice demasiado la causa de su dolor; importa que sospeche más de lo que realmente sepa; exacérvalo con la enfadosa vigilancia de un supuesto guardián o la molesta presencia de un esposo severo; la voluptuosidad que se goza sin riesgo tiene pocos incentivos; finge temor, aun siendo más libre que Tais, y aunque puedas abrirle de par en par las puertas, dile que salte por la ventana; que lea en tu semblante indicios de terror, y que una astuta sierva entre apresurada y grite: “Somos perdidos”, y oculte en cualquier escondite al joven lleno de espanto. En compensación permítele que te acompañe algunas noches libres de espantos, no vaya a creer que no váles los sustos que le cuestas.

Quisiera pasar en silencio las estratagemas que burlan a un marido astuto o a un guardián incorruptible. Casadas, ved a vuestros esposos, que tienen el derecho de espiar vuestros

pasos: es lo justo, y así lo demandan las leyes, la equidad y el pudor; mas, ¿quien tolera ver sometida a esta vigilancia la libertad que ha poco redimió la varilla del pretor? Ven a mi escuela y aprenderás el arte de los engaños. Aunque te vigilen tantos como ojos tenía Argos, si te empeñas con decisión, te reirás de todo. ¿Podrá ningún guardián impedirte que escribas tus billetes en las horas que dedicas al baño y que la confidente los lleve ocultos en el seno cubierto por un chal o que los sustraigas a la vista metidos en el calzado o bajo la planta del pie? Y demos que se descubran tus ardides; la misma confidente te prestará sus espaldas a guisa de tablillas, y en la piel de su cuerpo volverán las respuestas. Los signos que se trazan con leche recién ordeñada burlan la perspicacia del lince, y se leen perfectamente echándoles un polvillo de carbón. El mismo efecto obtendrá con la punta de la caña del húmedo lino y en las tablillas, al parecer intactas, quedarán grabados caracteres invisibles.

Grande empeño demostró Acrisio en guardar a su hija Danae; ésta, sin embargo, con su falta le hizo pronto abuelo. ¿Qué podrá impedir un guardián cuando hay en Roma tantos teatros, cuando la mujer puede asistir si lo desea a las carreras del circo, o acude a fiestas celebradas en honor de Isis, donde no se permite la entrada a los vigilantes de sus pasos, porque la diosa Bona excluye de sus recintos a los varones, fuera de aquellos que le place admitir; cuando los siervos quedan a la guarda de los vestidos de la señora, a la puerta del baño, y dentro se oculta el amante, libre y seguro? Siempre que ella quiera, encontrará una amiga que se sienta enferma fingidamente y le ceda, por complacerla, su lecho. El nombre de adúltera que damos a una llave falsa indica bien claro su uso, y la puerta no es el único medio de entrar en la casa que se solicita. Se adormece la vigilancia del más taimado haciéndole beber en demasía, aunque sea el jugo de la vid cosechada en tierra española; también hay brebajes que lo sumen en profundo sopor y oscurecen sus ojos con la negra noche del Leteo. La confidente, de acuerdo contigo, puede detener al odioso Cerbero con sus caricias, y ella a la vez regodearse largas horas. ¿Mas a qué andar con rodeos y consejos de tan poco fuste si con cualquier regalo se consigue comprar su aquiescencia? Los regalos, no lo dudes, sobornan a los hombres y a los dioses, y el mismo Júpiter se aplaca con las ofrendas. ¿Qué hará el sabio cuando el idiota se regocija con las dádivas?. El mismo marido cerrará la boca desde el momento que las reciba; pero basta que compres el silencio una vez al año, pues el guardián se dispone a alargar a todas horas la mano que alargó la primera vez.

Me quejaba, bien lo recuerdo, de que no se pudiese fiar de nadie de los amigos, y este reproche no alcanza exclusivamente a los hombres. Si eres crédula con exceso, gozarán otras las dichas que se te deben y la liebre que levantaste irá a caer en las redes ajenas. Esa amiga que solícita te proporciona las citas y te cede el lecho, en más de una ocasión hizo suyo a tu amante. No te sirvas tampoco de criada muy hermosa, porque algunas veces ésta ocupó conmigo el lugar de su señora. ¿Adónde me despeña la insensatez? ¿Por qué descubro el pecho a los dardos del enemigo y me hago traición a mí mismo? No enseña el ave al cazador el modo de sorprenderla, ni la cierva a la trailla de perros cómo la han de seguir, mas si resultan útiles, continuaré explicando mis lecciones con fidelidad, aunque en mi daño suministre las armas a las mujeres de Lemnos. Arreglaos de manera, la cosa es fácil, que nos juzguemos amados por vosotras: se cree con facilidad lo que se desea ardorosamente. Trastornad al doncel con vuestras miradas, arrojad hondos suspiros y reprobadle el haber venido tan tarde; acudid a las lágrimas por los fingidos celos de una

rival, y señaladle la cara con vuestras uñas; él, compadeciendo tanto dolor, exclamará persuadido: “Esta mujer está loca por mi”. Sobre todo, si tiene lindas facciones y se lo advierte el espejo, se sentirá capaz de infundir amor a las mismas diosas.

Seas quien seas, que la ofuscación no te lleve muy lejos ni llegues a perder el seso oyendo el nombre de una rival. No creas con ligereza: Procris ofrece un lastimoso ejemplo de lo perjudicial que resulta creer sin reflexión. Cerca de los collados que matizan de púrpura las flores del Himeto brota una fuente sagrada cuyas márgenes están cubiertas de césped; los árboles y arbustos, sin formar bosque, defienden del sol y esparcen sus perfumes el laurel, el romero y el oscuro mirto; crecen allí los bojales recios, las frágiles retamas, el humilde cantueso y el pino arrogante, y las flexibles ramas, con las altas hierbas, se balancean al impulso blando del céfiro y las auras saludables. Allí descansaban el joven Céfalo, lejos de los criados y sabuesos, y extendiendo en el suelo los miembros fatigados solía decir: “Aura voladora, ven, alivia mi calor y refresca mi ardiente seno”. Un malintencionado que oyó sus palabras inocentes, corre y advierte a la suspicaz esposa, la cual, tomando el nombre de Aura por el de una concubina, se desploma abrumada por el peso de tan súbito dolor. Palidece como después de la vendimia las hojas tardías de la vid que el próximo invierno destruye, o como los maduros membrillos que doblan las ramas que los sustentan, o los frutos del cornejo aún no sazonados para que se puedan comer. Así que vuelve del desmayo, rompe la túnica que cubre su cuerpo y se ensangrienta la cara con las uñas. Precipitada, furibunda, con los cabellos sueltos, corre a través del campo, como una bacante que agita el tirso en su delirio y no bien llega al lugar indicado deja a las compañeras en el valle y penetra decidida en la selva, evitando que se oiga el rumor de sus pasos. ¿Cuáles eran, Procris, tus designios cuando así te ocultas? Insensata, ¿qué volcán estallaba en tu lecho alborotado? Sin duda temías que iba a llegar a esa Aura que te mortificaba y ver con tus propios ojos la traición de que eras víctima. Ya quisieras no haber emprendido tal viaje ni sorprender a los culpables; y te confirmas en tu resolución, y los celos te anegan en cruel incertidumbre. El lugar, el nombre y el delator incitan tu crueldad, por esa inclinación de los amantes a creer siempre lo que temen, y así que nota en la hierba las señales del cuerpo que la habían hollado, siente que se aceleran los trémulos latidos de su corazón.

Ya el sol en la mitad de su carrera acortaba las tenues sombras y partía por igual la distancia del Oriente al Ocaso, cuando he aquí que Céfalo, el hijo de Cileno, vuelve a descansar en la selva y apaga la sed que le devora en la fuente vecina. Procris, escondida y llena de ansiedad, le ve tenderse en la tierra y oye que llama de nuevo al Aura y los blandos Céfiros: entonces se da cuenta la mísera del error a que la indujo aquel nombre, vuelve a mejor acuerdo y su rostro recobra los perdidos colores. Alzase ligera, con el movimiento del cuerpo agita el follaje y corre a precipitarse en los brazos del esposo; y éste, creyendo que se le acerca una fiera, coge con presteza el arco y toma en la diestra el arco fatal. ¡Infeliz!, ¿qué haces? No es una fiera; detente. ¡Oh, qué desgracia! Tu esposa cae muerta a tus manos: “¡Ay de mí -grita la mísera-, has atravesado el corazón de tu amante en el sitio profundo siempre herido por Céfalo. Muero prematuramente, mas sin afrenta de ninguna rival, y esto hará que la tierra pase mas leve sobre mi cuerpo; ya mi alma vuela en las alas del Aura que me engañó con su nombre; ven y que tu querida mano cierre mis ojos”. El, aterrado, recoge en sus brazos el moribundo cuerpo de Procris y con su llanto riega la mortal herida, por donde exhala el alma, víctima de funesta imprudencia,

y en los labios recibe su último suspiro.

Pero volvamos a nuestro camino; tengo que explicar sin disimulos, porque mi barca cansada desea arribar al puerto. Sin duda esperáis que os conduzca a la sala del festín y deseais oír todavía mis lecciones. Acude allí tarde, y no hagas ostentación de tus gracias hasta que se enciendan las antorchas: el esperar favorece a Venus y la demora es una gran seducción. Si eres fea perecerás hermosa a los que están ebrios y la noche velará en las sombras tus defectos. Toma los manjares con las puntas de los dedos, la distinción en comer tiene gran precio, y cuida que tu mano poco limpia imprima señales de suciedad en tu boca. No pruebes nada antes de ir al festín y en la mesa modera tu apetito, y aún come algo menos de lo que pida tu cuerpo. Si el hijo de Príamo viera a Helena convertida en una glotona, la hubiese aborrecido, diciendo: “¡Qué rapto tan estúpido el mío!”. Mejor sienta a una joven el exceso en la bebida; Baco y el hijo de Venus fraternizan amigablemente; pero no bebas más de lo que soporte tu cabeza, y no se enturbien tus razones, ni vacilen tus pies, ni veas los objetos dobles. Repugna la mujer entregada a la embriaguez; en tal situación merece ser la presa del primero que llega; y de sobremesa tampoco se rendirá sin peligro al suelo, que es muy propio de los ultrajes hechos al pudor.

Me avergüenza proseguir mis enseñanzas, mas la hermosa Diones me alienta y dice: “Eso que te sonrojas es lo más importante de mi culto”. Cada cual se conozca bien a sí misma y preste a su cuerpo diversas actitudes: no favorecen a todas las mismas posturas. La que sea de lindo rostro, yazga en posición supina, y la que tenga hermosa la espalda, ofrézcala a los ojos del amante. Minalión cargaba sobre sus hombros las piernas de Atalanta; si las tuyas son tan bellas, lúcelas del mismo modo. La mujer diminuta cabalgue sobre los hombros de un amigo. Andrómaca, que era de larga estatura, nunca se puso sobre los de su esposo Héctor. La que tenga el talle largo, oprima con las rodillas el talamo y deje caer un poco la cabeza; si sus músculos incitan con la fréscura juvenil y sus pechos carecen de máculas, que el amante en pie la vea ligeramente en el lecho. No te sonroje soltar, como una bacante de Tesalia, los cabellos y dejarlos brotar sobre los hombros, y si Lucina señaló tu vientre con las arrugas, pelea como el ágil parto volviendo las espaldas. Venus se huelga de cien maneras distintas; la más fácil y de menos trabajo es acostarse tendida a medias sobre el costado derecho.

Nunca los trípodés de Febo ni los oráculos de Júpiter os responderán las verdades que os dicta mi musa. Si merece alguna confianza el arte de que hice larga experiencia, creed que mis cantos nunca os engañarán. Siéntase la mujer abrasada hasta la médula de los huesos, y el goce se dividirá por igual entre los dos amantes; que no cesen las dulces palabras, los suaves murmullos y los deseos atrevidos que estimulan el vigor en tan alegres combates. O tú, a quien la Naturaleza negó la sensación de los placeres de Venus, finge sus gratos deliquios con falsas palabras. Desgraciada de aquella que tiene embotado el órgano en que deben gozar lo mismo la hembra que el varón, y cuando finjas, procura que tus movimientos y el brillo de tus ojos ayuden al engaño y lo acrediten de verdadero frenesí, y que la voz y la respiración fatigosa solivianten el apetito. ¡Oh, vergüenza!, la fuente del placer oculta misteriosos arcanos. La que el dejar los brazos del amante le exige el pago de sus complacencias, ella misma priva de todo valor a los ruegos. No cosientas que la luz penetre por las ventanas abiertas: hay cosas en tu cuerpo que parecen mejor vistas en las sombras. Aquí terminan mis ruegos; ya es hora de soltar los cisnes sujetos a la lanza de mi carro, y que las lindas muchachas, como antes lo hicieron los jóvenes, inscriban en sus

trofeos: “Tuvimos a Nason por maestro”.

FIN